

LOS PARÁSITOS,

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—Pues lo primero que os mando es que entreis á ver á Indalecio.

—Ya se ve que entraremos.

—Que le consoleis un poco al pobrecillo, que buena falta le hace. Dejadle llorar si llorá, respondedle á todo cuanto os diga, aunque parezca que desbarra.

—Así lo haremos.

—Decidle, como es verdad, que estais seguras de que Romualdo saldrá bien de su asunto..... que no sospeche que estais inquietas ni preocupadas.

—Bueno, ¿y luego?

—Luego os vais tranquilamenté á vuestra casa, y allí esperais noticias.

—Perdona..... pero ¿cuándo sabremos?.....

—Mañana, os he dicho que mañana: con un día me basta para lo que tengo que hacer. Si en ese tiempo no consigo nada, no habremos perdido más que un día.

CAPÍTULO XXVIII.

EL TRATADO.

Si la rapidez con que han sobrevenido los sucesos de esta verídica relacion ha hecho olvidar al lector la cita misteriosa que el agente Simon diera á la Prisca pocos dias antes, y que la en-

fermedad y muerte de D. Pelegrin y el motin de la Plaza habian impedido, es de creer que en la tenaz memoria de la enérgica ama de llaves no han ejercido igual influjo, porque, con notable desprecio de todas las fórmulas sociales, la vemos en el mismo dia de su conferencia con las curtidoras, y en las primeras horas de la noche, pasearse activamente con señaladas muestras de impaciencia por los desiertos soportales de la Plaza, despreciando con su habitual presencia de ánimo las intimaciones de los centinelas, que por ese lujo de vigilancia característico de toda autoridad imprevisora, custodiaban inútilmente el que fué teatro de los desórdenes pasados.

Curioso hubiese sido descubrir en el impenetrable corazon de la *Señá Prisca* los secretos motivos que la impulsaban á considerar como posible, ni aun siquiera como probable, una entrevista interrumpida por sucesos tan importantes como extraordinarios, y la injustificada confianza con que esperaba ver cumplir su promesa, prescindiendo de plazos y de fechas preestablecidas, á un hombre tan caprichoso, tan atareado y tan positivo como el falso conspirador; pero sea cual fuere la íntima opinion que en el fondo de su alma le inspiraran sus ocultas virtudes ó probados defectos, el porte, ademanes y expresion de la Prisca claramente revelaban, más que la incertidumbre y la duda, esa especie de involuntario terror que en los rostros más impasibles se retrata al aproximarse sucesos extraordinarios, pero inevitables y seguros.

Lo desierto del lugar, lo silencioso y casi sombrío de la noche agujoneaban sin duda el activo espíritu del ama de gobierno, haciéndola prorrumpir, sin riesgo de ser oida ni expiada, en exclamaciones y frases sueltas, desahogo necesario de su atormentada, inquieta y singularísima fantasía.

—¡Vendrá!..... ¡No ha de venir! —exclamaba, hablando consigo misma, y deteniéndose á la mitad de sus paseos, como si dirigiera la palabra á algun interlocutor invisible.—Vendrá, á pesar de los centinelas, y á pesar de la noche, y á pesar de todo..... ¡Valiente cosa significa para él todo eso! Vendrá porque necesita verme. ¡Ah! bien lo conocí la otra mañana, necesita hablarme, y pedirme algo..... algo importante..... algo que él no tiene, ni puede inventar solo, á pesar de todo su poder; algo malo..... ¡por supuesto muy malo, porque si no él no lo necesitaria!..... ¿Cuánto

tiempo hace que no le veía? ¡Qué sé yo! veinte años..... sí; veinte años lo menos, y más también. ¿Qué ha hecho en todo ese tiempo? ¡Lo de siempre! Trabajar..... trabajar..... como toda su vida ha trabajado, en la oscuridad..... en la sombra..... como los topos y las garduñas. ¡Trabajar!..... Pasó ya el tiempo en que yo creía en sus trabajos, pasó, á Dios gracias, y benditos sean los años que me han hecho vieja y desconfiada antes que necia, débil y cobarde, como en aquellos miserables días en que inocentemente, con la risa en los labios y muerto de miedo el corazón, me veía obligada á comer el pan amasado con sus infamias y bajezas. Pero ¿por qué habiendo pasado tanto tiempo en otra vida, y en otros negocios, vuelve ahora á sus negocios favoritos, y sienta aquí, aquí precisamente, donde tantos motivos tiene para no venir, el cuartel general de sus miserables operaciones?..... ¿Por qué aquí precisamente, y no en otra parte? ¡Dios del cielo! y qué misión la suya!, y qué influencia tan dañina y al mismo tiempo tan certera! No ha hecho más que llegar, como quien dice..... llegar, hace pocos días..... hace pocas horas: ha pasado por aquí, sonriendo....., como si todo le fuera indiferente..... tal vez echándola de hombre honrado..... acaso viva en alguna casa donde le tengan por un bendito..... por un hombre de Dios..... y entablará diálogos amistosos con sus patrones, y regalará chucherías y golosinas á los chiquillos que se encuentre en las escaleras y en los portales..... y sin embargo, á su llegada todo se encrespa, todo se revuelve, todo se trastorna. Donde quiera que se posa su manaza, esa manaza infame, ancha, gorda y sudosa, por mucho que la lave y componga—esa mano que conocería yo entre ciento, y que tantas veces..... ¡cobarde! tantas veces ha levantado ronchas, y ha hecho correr la sangre en mi miserable cuerpo—donde quiera que ha tocado su mano, allí la desolación, la desgracia ó la muerte..... ¡Dios me perdone! Acaso es miedo, más que odio el sentimiento que me inspira: pero miedo ¿á qué? Más miedo debo tener á que me cause lástima: hombres como él son más temibles amados que aborrecidos. Bien mirado, ni debo aborrecerle tampoco; le aprecio en lo que vale, le miro cara á cara..... sé lo que quiere..... á dónde va, y lo que puede..... y sin embargo, parece que le temo. La otra mañana me sorprendió, y quedé aterrada al considerar que aun me amedrentaba

¿No soy más fuerte que él? Yo no espero, ni temo, ni quiero nada..... más que la salvacion de mi alma, y él tiene mucho que perder por lo visto, y aun le devoran sus sueños de ambicion, de avaricia ó de intriga; haga lo que haga, si tengo habilidad y malicia y teson, no ha de poder conmigo, y todas sus artes se estrellarán en mi indiferencia y en mi desprecio..... Pero cuidado, Prisca, cuidado—siguió murmurando entre dientes—mucho cuidado en descubrir el juego. Es conveniente no aparecer de pronto tal como eres, tal como las circunstancias y la necesidad te han hecho; mejor será que él te juzgue poca cosa, tan poca cosa como cuando te tenia sujeta entre sus garras; así se verá obligado, mal que le pese, á declarar sus cartas y á decir francamente lo que va ganando en la jugada. ¿Si no vendrá?—exclamó, queriendo penetrar con la vista las espesas tinieblas en que yacia envuelta la Plaza.—¿Si no vendrá? Hace veinticuatro horas hubiera dado cualquier cosa por no sufrir su odiosa mirada, y ahora consideraria como una desgracia no verle delante..... Allí está—murmuró, estremeciéndose á pesar suyo.—Aun no puedo distinguirle, pero estoy segura de que es él..... ¡y aun tiemblo, sin querer, como si pudiera *ya* ser temible ese hombre!

Con efecto, Simon, ó Roque, porque él y no otro era el que á lo lejos habia descubierto la perspicaaz mirada de la *Señá Prisca*, avanzaba lentamente, costeano con aparente indiferencia los desolados montones de escombros que estorbaban el paso en la anchurosa Plaza.

Cualquiera que no hubiese sido la enérgica y desgraciada ama de llaves, cuyas relaciones familiares con el agente no serán ya un misterio para el avisado lector, dificilmente hubiera reconocido al atildado comensal del café de Jardines en el personaje que en aquellas horas caminaba con la nariz al viento, remedando en su traje y porte la descuidada y tosca curiosidad de un aldeano de los alrededores, á quien negocios imprevistos ó lo crítico de las circunstancias obligan, contra su voluntad, á pasar la noche fuera de su casa. Así pasó varias veces por delante de los centinelas, respondiendo á lo rústico á sus voces de *alto*, y excitando entre ellos, con sus respuestas poco congruentes, pero sencillas, la más franca y descuidada hilaridad.

De puesto en puesto y de soportal en soportal, unas veces por

la acera y otras por en medio de la Plaza, acercóse el fingido rústico á la puerta del comercio de los Burguillos, á poca distancia de la cual, disimulada en una esquina, esperaba á pie firme su llegada, ya repuesta de sus primeras impresiones, su varonil é inverosímil esposa.

— ¡Me esperabas, eh!—dijo el recién llegado por vía de salutación, pero sin manifestar en su acento ni en sus ademanes imperio adusto ni pretensiones de dominación ó de tiranía.

—Sospechaba que habías de venir, y quería hablarte—respondió también con llaneza la Señora Prisca.

—¿Querías hablarme?—exclamó Simon-Roque con alguna intención maliciosa, más bien burlona y de chunga inocente, que amenazadora ó sarcástica—eso sí que es raro, porque esa veleidad comunicativa la has tenido hasta la fecha muy disimulada..... tan disimulada, que te aseguro había llegado á imaginarme que me tenías completamente olvidado.

—Olvidarte..... no es fácil—respondió la Señora Prisca, tomando por un involuntario arranque de su genial batallador la ofensiva en aquel oscuro, pero reñido combate de ironías y recriminaciones conyugales.

—¿Con que es difícil olvidarme?—replicó Simon, descubriendo al sonreír dos blancas hileras de dientes, propios ó postizos, pero que contribuían poderosamente á dar carácter de fingida benevolencia y franqueza á su atravesada fisonomía—pues yo he hecho lo posible para ser olvidado; y si de algo puedes quejarte, es de la extremada galantería con que he procurado no desmentir con mi presencia la fábula de tu viudez, con que has tenido por conveniente darme por borrado del padron de los nacidos.

—Mira, Roque, dejémonos de bromas; cuanto menos hablemos del pasado.... *bien lo sabes*, mejor será..... no sé si me conoces, pero puedes presumir que has hecho cuanto estaba de tu parte para que yo te conozca á fondo. Por consiguiente, y como no eres hombre de hacer las cosas á medias, he concluido por conocerte, y conociéndote, sé que oculto ó visible, lejos de mí y de mi vida, ó á mi lado y entre mi gente, pidiéndome algo ó procurando hacerme creer que soy yo quien te solicito y te busco, ni ahora, *ni entonces*, ni nunca has tenido más Dios ni más ley que tu capricho y tu soberana voluntad. Hablemos claro. Tú has ve-

nido á Duradon, tú te agitas aquí y trabajas desde hace una semana..... no te pregunto lo que has hecho, ni lo que vas á hacer. Ni me importa, ni me lo dirias, aunque me importase saberlo. Pero entre tus manejos..... llamémoslos *trabajos*, si te gusta el nombre..... me has buscado, te has puesto otra vez en mi camino, y parece como que desees mezclarme en tu juego..... Luego te diré si me conviene ó no ser una carta más en tu baraja..... sobre esto tengo formada mi composicion de lugar, que acaso modifique, acaso no varíe ni cambie..... ya veremos; pero lo primero que necesito saber es lo que quieres de mí, y el papel que me tienes repartido.

—Déjame que me admire—exclamó el interpelado en aquellos explícitos y desembarazados términos —déjame que me asombre y eso que tú que me conoces sabes que suelo asombrarme pocas veces: pero ahora la cosa merece la pena.

—No sé lo que dices.

—Me asombra tu facundia, tu serenidad y tu fortaleza, cualidades que tenias ocultas cuidadosamente en los dias venturosos de nuestra feliz union..... ¡Con que quieres nada menos que te descubra lo que tú llamas desdeñosamente y con cierto desenfado de buen tono..... mi juego..... mis cartas!..... ¡Vaya, vaya!—añadió, dando á sus palabras el acento de la más refinada ironía—vano empeño es el de negar los adelantos de la civilizacion. ¡Quién dijera que aquí en Duradon, pueblo monumental, levítico y estacionario, habia yo de encontrar un diplomático de tu calibre, de tu tipo y de tu trastienda! Y á propósito de trastienda, ¿murió, con efecto, tu amo y señor, como me parece haber oido por esas condenadas calles?

—Murió..... ya lo sabes, tú lo sabes todo. ¿Por qué lo preguntas? ¡Tanto te cuesta ser compasivo y racional..... siquiera con los muertos!

—Diplomacia..... y sarcasmo..... ¡Bien! repito que estás desconocida. Con otra cara seria capaz de hacer reconocer legalmente mis derechos de esposo..... no te alarmes..... pudorosa matrona—prosiguió, fingiendo tomar por lo serio el involuntario movimiento de repulsion, que inspiró á su pobre mujer su cínica ironía—no te alarmes, la libertad es, hoy por hoy, la primer palabra de mi programa. Y al decir hoy por hoy, ya compren-

derás que entiendo que esta situación excepcional que disfrutas, ó por mejor decir, que disfrutamos, puede cesar el día menos pensado, el día que así me convenga, el día que sea necesario.

—¡Dios no lo permita!

—Bien está que eso digas, pero en cuanto al porvenir, te aconsejo que no te comprometas; es decir, que vayas acostumbrándote á pensar que depende *exclusivamente* de mi voluntad.

—Hablemos ahora del presente—exclamó la Prisca, mirando con suspicaz fijeza á su marido, como para darle á entender que no tomaba en serio sus amenazas á larga fecha.

—Hablemos—repuso este, no sin admirarse de que aquella voluntad, antes tan dócil á la suya, manifestase signos tan inequívocos de independencia.

(*Se continuará.*)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

I.

La política está de vacaciones. Sus principales hombres veranean tranquilamente en las provincias del Norte, y se ocupan menos en la cosa pública de lo que pudiera creerse, leyendo las correspondencias que ven la luz pública en algunos periódicos. Esta regla general tiene una excepción. Los disidentes y los monárquico-democráticos siguen trabajando activamente en Cataluña y en otros puntos en la obra de la formación del tercer partido. El Sr. Balaguer ha fundado en Barcelona un periódico de combate contra la situación, y recorre aquel Principado, en unión con varios amigos suyos, organizando en todas partes Juntas que eligen por sus Presidentes honorarios á los Sres. Duque de la Torre, Balaguer y Moret. En Pontevedra, y en la casa que en aquella ciudad tiene el Sr. Montero Ríos, van á celebrar una importante conferencia dicho señor y el actual jefe de los demócratas monárquicos. No falta quien haya adelantado la reseña de lo que sucederá en esta reunión, y á la verdad no se necesita ser profeta para ello: basta conocer la actitud en que se encuentra el Sr. Montero Ríos, decidido á pasar de una vez el Rubicón, á pesar de ciertos escrúpulos jansenistas, y el interés que tiene el Sr. Moret en atraer á sus banderas á dicho señor, uno de los que gozan de más prestigio entre ciertos elementos de la democracia, que tienen no pocos puntos de contacto con el grupo de progresistas más identificados con el Sr. Romero Ortiz.

¡Qué tristeza experimenta el corazón, al considerar que el señor Montero Ríos puede ocupar de nuevo el Ministerio de Gracia y Justicia! ¿Qué católico español ignora que el Sr. Montero Ríos fué autor de un proyecto de ley de obligaciones eclesiásticas y relaciones económicas entre la Iglesia y el Estado, en el cual se establecía que la indemnización que el Estado paga á la Iglesia por el valor de sus bienes incautados, no ha de entenderse á la letra y como suena, sino en el límite de las verdaderas necesidades del servicio religioso, tasadas por el Estado, sin tener para nada en cuenta el parecer de los Obispos? ¿Acaso no fué también el Sr. Montero Ríos autor del proyecto de ley que vino á legalizar lo hecho por los revolucionarios de Reus y de otras partes, que porque sí, y porque les daba la gana, y porque que-

rían, habían secularizado el matrimonio, como pretendían también secularizar la enseñanza y los cementerios? Recordemos además que el Sr. Montero Ríos fué quien declaró, en la sesión del Congreso de 1.º de Febrero de 1870, siendo Ministro de Gracia y Justicia, que Concordato y libertad son ideas antitéticas; y que, por consecuencia, más tarde ó más temprano, pero en un período de tiempo relativamente breve, se vería obligado el Gobierno á considerar roto todo compromiso con la Iglesia.

¿Ha renunciado el Sr. Montero Ríos á estas aspiraciones, que sólo en parte pudo ver entonces realizadas? ¿Han renunciado sus amigos á la política que, en cuanto se refiere á la Iglesia, siguieron durante el período revolucionario? Nada puede tranquilizar en este punto á los católicos españoles, que conocen los pecados cometidos por el señor Montero Ríos y sus amigos en el poder, y no tienen noticia alguna de su arrepentimiento, si por ventura existiese. No creemos con esto que hoy fuese posible ir tan adelante en el camino de las reformas revolucionarias como se fué durante la interinidad, y aun durante el reinado de D. Amadeo de Saboya. Pero conocemos los males que entonces se produjeron, y nos asusta la idea de que, en todo ó en parte por lo menos, pueñan reproducirse.

En realidad, el Gabinete actual parece prepararles el camino. ¿Qué otra cosa hace el Sr. Alonso Martínez con su proyecto de Código, sino facilitar el restablecimiento de la ley de matrimonio civil del Sr. Montero Ríos? ¿Qué otra cosa hizo el Sr. Marqués de la Vega de Armijo con su conducta, después de los infaustos sucesos del 13 de Julio, sino facilitar de algún modo las medidas revolucionarias que acarician los hombres que trabajan en la formación de la izquierda dinástica? ¿Qué significa llenar las Universidades y los Institutos de profesores racionalistas, como hace el Sr. Albareda, sino preparar el camino á la secularización de la enseñanza? ¿No facilita por ventura la vuelta á la Constitución de 1869 el sentido amplísimo con que el Sr. Sagasta aplica la de 1876? Subir de un salto cuatro, cinco ó seis escalones es difícil, mucho más difícil que subir dos ó tres solamente. En este sentido son incalculables los servicios que la actual situación presta á la izquierda dinástica, facilitándole el planteamiento de las principales doctrinas acariciadas por sus hombres, como el Sr. Cánovas con sus transigencias con la revolución vino á facilitar no sólo el advenimiento al poder del Sr. Sagasta y sus actuales amigos, sino la consumación de la política que ha inspirado los actos más importantes del actual Gabinete. A pesar de esto, el cambio entre la política de los liberales conservadores y la de los Sres. Balaguer, Moret, Martos y Montero Ríos hubiera sido muy violento, y hubiera producido no escasa alarma en la nación, lo cual no sucederá ciertamente ahora, después de algunos años de mando de la moderna unión liberal.

Se necesita estar ciego para no comprender los tristísimos resulta-

dos, aun materiales, con que nos amenaza la izquierda dinástica, si algún día es llamada á ocupar el poder. Á las teorías vergonzantes del Sr. Camacho, que tan rudo golpe han venido á descargar sobre la industria española en particular, y en general sobre la riqueza toda, sucederán las concepciones económicas del Sr. Moret, que, haga lo que quiera el Sr. Balaguer, han de venir á acrecentar los males que hoy se sienten, no sólo en Cataluña, y en general en todas las comarcas fabriles, sino también en toda España, que, al fin, general ó poco menos ha sido el aumento de las contribuciones y del impuesto de consumos, y á gran parte de la nación alcanza el nuevo impuesto de la sal.

II.

Dada la superior importancia de los males del orden moral sobre los del orden material, claro está que los católicos son los más interesados en tratar de evitar los males morales que amenazan á la patria, y de curar los que desgraciadamente la afligen ya. ¿Qué no se hubiera logrado, qué no se lograría en lo porvenir, si los católicos españoles hubieran imitado la conducta patriótica, enérgica y digna de los comerciantes ó industriales catalanes que se unieron para ver de evitar los males con que les amenazaban, primeramente el tratado de Comercio con Francia, y luego las nuevas tarifas para el pago de la contribución de subsidio?

En Cataluña, el conservador se olvidó por un momento de que era conservador, el carlista de que era carlista, el constitucional de que era constitucional, y el demócrata de que era demócrata, y todos se unieron para lograr un fin común: el de salvar la industria y el comercio de los males que les amenazaban. ¿Por qué no habían de olvidar por un momento sus diferencias, si en aquel momento perdían estas diferencias toda su importancia ante la importancia de salvar á la principal fuente de riqueza de aquella comarca?

¿Acaso, por lo que hace á los católicos, la defensa de los intereses de la Iglesia y de la sociedad no es anterior á la defensa de todo interés de partido? ¿Por ventura la Iglesia y la sociedad no necesitan actualmente de defensa?

Ciegos están por la pasión los que con su conducta vienen á hacer imposible toda defensa seria de la Iglesia y de la sociedad; los que gastan en combatir á sus hermanos las fuerzas que Dios les ha dado para combatir por la Religión; los que procuran desacreditar por toda suerte de medios, lícitos é ilícitos, á hombres beneméritos é ilustres, que han consagrado su vida á la defensa de la verdad; los que levantan montes de plomo sobre el más pequeño descuido de sus hermanos, y no tienen una palabra de censura para los que clara y resueltamente atacan al Episcopado; los que se permiten censurar lo que la Iglesia

aprueba y bendice, como si Dios los hubiera erigido en maestros de los fieles, y les hubiera adornado con el don de la infalibilidad.

¿A dónde van por este camino? Si Dios permitiera que triunfasen, ¿á quién sino á ellos mismos y á la Iglesia sería funesto este triunfo? La Iglesia española atraviesa una crisis gravísima, que exige de todos sus hijos la mayor prudencia, y singularmente de nosotros, que sólo queremos creer, pensar y decir lo que nuestras legítimas autoridades eclesiásticas nos ordenen.

Por esto no calificaremos nunca teológicamente las doctrinas de nuestros hermanos, pues sabemos que no estamos autorizados para ello. Nuestro eminentísimo Prelado nos lo prohibió cuando dijo en un solemne decreto:—«En uso de las facultades propias de nuestra autoridad ordinaria, prevenimos á los escritores católicos de nuestra diócesis que, sin previa censura y la correspondiente licencia nuestra ó de nuestros Vicarios generales, ó de partido, que por derecho se requiere para la impresión de todo escrito religioso, se abstengan en lo sucesivo de promover ó sostener polémicas respecto de materias igualmente religiosas, sobre calificación teológica de doctrinas en los periódicos, revistas ó folletos que publiquen».—Claro está que el hecho de que otros falten abiertamente á esta prescripción legal, no nos autoriza á nosotros para faltar también.

Un insigne patricio, que prestó en todas ocasiones considerables servicios á la causa católica, y que formó parte de la minoría tradicionalista en las Cortes de 1870, nos escribía desde Mallorca, su patria, cuando empezaron las disensiones que á tales extremos han llegado, una carta que no pudo terminar, porque Dios le quiso evitar la amargura, llamándole al cielo, de que presenciase los escándalos que hoy presenciarnos. En ella, hablando de los autores de esas disensiones, nos decía estas palabras, que han quedado grabadas en nuestro corazón, junto con la memoria de aquel grande hombre.—«El orgullo de »la virtud es la más funesta de las aberraciones, pues disfraza de »ridad al odio, y por monstruosa alucinación llega á santificarlo. »¡Quiera Dios que en frente de tantos enemigos, y ya casi en el lindero »de las grandes catástrofes, sofoquen esos señores sus miserias, y el »sacrificio y la abnegación y la humildad los enaltezcan».

III.

La cuestión de Egipto, lejos de aclararse, se complica cada día más y más, hasta el punto de ser hoy materialmente imposible ver claro en ella.

Inglaterra ha llevado la audacia hasta un extremo pocas veces visto. Ultimamente ha exigido del Sultán que las tropas turcas que deban intervenir en Egipto vayan mandadas por generales ingleses, y que al

desembarque de esas tropas preceda una proclama de la Puerta declarando traidores á la patria á Arábí y á los que le sigan.

La Puerta ha accedido á esto último, si bien con ciertas reservas, que permitan deshacer lo hecho, si en un momento dado aconsejan los sucesos que las tropas otomanas se unan á las egipcias para rechazar la invasión inglesa. Cuanto á lo primero, se ha negado á transigir con ello, y en los momentos en que escribimos estas líneas, se busca una fórmula que concilie las pretensiones del gabinete de Londres con el máximum de las concesiones que se halla dispuesto á hacer el Sultán.

El representante de Italia en Constantinopla parece que sostiene la fórmula conciliatoria de colocar las tropas turcas bajo el mando del Khedive, lo cual sería un modo como otro cualquiera de hacer depender sus movimientos todos de la voluntad del general Garnet Wolseley.

Por lo que hace á la conferencia, recordemos lo que dice un diario de Berlín: «La conferencia se reunió á instancias de Francia y de Inglaterra. La primera de estas potencias se ha retirado, de algún modo, del mundo; la segunda habla y obra como si no existiera la conferencia. ¿De qué sirve, pues, esta asamblea?» Hace muy poco tiempo que los rusos se expresaban en el mismo sentido.

Es imposible desconocer que estas observaciones son perfectamente exactas, y que todo parece prepararse para que la conferencia suspenda sus sesiones ó se disuelva. Europa, dicen los órganos de Bismarck, no renuncia á tratar la cuestión egipcia como una cuestión europea; pero hoy toca obrar á los dos ejércitos que están el uno en frente del otro. Es necesario, añaden, que los hechos se produzcan libremente, dejando para luego el deber en que estarán las grandes potencias de rectificar los que resulten inadmisibles.

En estas palabras se ve de manifiesto la intención de las grandes potencias del Norte, de dejar que Inglaterra vaya «hasta San Esteban,» sin perjuicio de detenerla luego y de obligarla á ir á Berlín á dejarse dictar un tratado definitivo. Después de la guerra turco-rusa obró así el Príncipe de Bismarck. Los ingleses amenazaban nada menos que con declarar la guerra á Rusia; el Gabinete de San Petersburgo juraba y perjuraba que no cambiaría una línea del tratado de San Esteban. Intervino Bismarck é impuso á todos las condiciones que bien le parecieron.

Por supuesto, hasta ahora no parece cosa fácil que Inglaterra vaya «hasta San Esteban.» En los encuentros parciales que han tenido lugar, la victoria ha quedado por los soldados de Arabi-Bajá, que ocupan fuertísimas posiciones, que no pueden ser franqueadas por hallarse defendidas por dos grandes lagos.

IV.

Después de largos días de constantes esfuerzos, se ha constituido en Francia el nuevo Ministerio bajo la presidencia de Mr. Duclerc, un Senador de tercera fila que no se ha distinguido nunca ni como orador ni como hombre político.

Forman el nuevo Ministerio representantes de tres de las cinco fracciones en que se divide la mayoría republicana de la Cámara y del Senado. La Unión republicana, formada en su totalidad por amigos de Mr. Gambetta, y la Unión democrática, formada por los partidarios del anterior gabinete, son las fracciones que mayor representación tienen en el seno del Gobierno. La izquierda radical ha logrado que se dé á Mr. Herisson la cartera de trabajos públicos.

Lo mismo los republicanos moderados que los hombres de la extrema izquierda, han declarado crudísima guerra á la nueva situación. Los periódicos oportunistas, como los órganos del anterior gabinete, declaran que el Ministerio Duclerc es simplemente un Ministerio provisional, que durará lo que tarden en reunirse las Cámaras.

Pero los nuevos Ministros han tomado por lo serio su papel, y han dado un manifiesto en el que dicen que su programa puede encerrarse en estas dos declaraciones:

1.º Procuraremos conservar la paz en el exterior, alejándonos por completo de todas las contiendas europeas, y principalmente de los asuntos de Egipto, según los deseos expresados por la Cámara.

2.º Trabajaremos cuanto nos sea dable para que se reconcilien y se unan las diversas fracciones de la mayoría de las Cámaras, á fin de que de este modo no se vea expuesta la República á los peligros que la han amenazado en la última crisis ministerial.

Nadie en París ha tomado en serio este programa en su segunda parte.

Todos convienen en que la obra de unir á las fracciones republicanas de las Cámaras es una obra superior á las fuerzas de Mr. Duclerc y de los que con él constituyen el nuevo Ministerio.

Podemos decir en consecuencia de todo esto, que el nuevo Gabinete no ha resuelto, sino aplazado, la crisis que ha atravesado Francia.

DAMIÁN ISERN.

MISCELÁNEA.

NECROLOGÍA.

Con gran sentimiento anunciamos á nuestros lectores la muerte de la virtuosísima señora que fué en vida muy digna compañera del ilustre católico español D. Antonio Aparisi y Guijarro.

La prensa católica de Madrid y provincias, sin distinción de colores políticos, ha rendido público testimonio de consideración y afecto á la familia de aquel amigo nuestro del alma; y la REVISTA DE MADRID se asocia vivamente á esta general manifestación de dolor, enviando el pésame á los hijos de Aparisi.

R. I. P.

LA CRISIS ANDALUZA.

Son verdaderamente desconsoladoras todas las noticias que se reciben de aquella comarca, una de las más ricas y florecientes de España.

La escasez aumenta por días, el trabajo escasea cada vez más, y el hambre se presenta allí con sus más horribles caracteres.

Los braceros piden jornales á los Alcaldes; estos trasladan sus peticiones al Gobernador; el Gobernador lo participa al Gobierno; los Ministros se reúnen; y mientras todo esto sucede, la *Internacional* explota en Andalucía el hambre de los pobres.

Se han enviado ya 75.000 pesetas á la provincia de Cádiz, 305.900 á la de Sevilla, 209.600 á la de Córdoba, 101.000 á la de Granada, y 112.200 á la de Jaén; todas con destino á las obras públicas, pero nos tememos mucho que esto no baste.

El mal es gravísimo y necesita, para curarse, de más heroicas medicinas.

Según un periódico inglés, la Sociedad antigua filosófica de Reading, condado de Berkshire, posee una insigne reliquia, que es un dolor se halle en poder de protestantes.

Dice ese periódico que de un antiguo manuscrito vendido en la colección Stove, resulta que cuando la Emperatriz Matilde fué de Alemania á Inglaterra, llevó una mano del Apóstol Santiago en un relicario de oro adornado de piedras preciosas.

Ricardo I al subir al trono se apoderó del oro y piedras del relicario, reconociendo ese despojo y pidiendo perdón de él en un privilegio que otorgó la Abadía de Reading.

En la época de la Reforma, la mano fué enterrada en el coro; pero en Octubre de 1786 se encontró al excavar las ruinas, cuidadosamente envuelta en lana.

Añade que se trata de adquirir para el Museo municipal recientemente construido en Reading, esa reliquia que en tiempos pasados fué objeto de mucha veneración para los fieles que visitaban la venerable Abadía.

EL DOCTOR BÜCHNER,

Ó EL CÁTECISMO DE LOS MATERIALISTAS.

¡Válgate Dios! ¡Con que también ha llegado por acá, á tierra de Castilla, el famoso libro titulado *Fuerza y Materia*, del inclito Büchner, el Suñer de Alemania, el vulgarizador del materialismo, el zurdo doctor, que por no servir para enseñar ciencia, fué expulsado ya hace mil años de la Universidad de Tubinga, sin haber podido hacerse admitir en ninguna otra! ¡Y al cabo de mil años, cuando no hay un solo sabio que se acuerde de él ni le tome en cuenta en discusiones científicas, le han traducido al español—mal por cierto, y no del alemán, sino del francés, como le podré probar irrecusablemente al curioso que me lo demande—y en fin, ha llegado á esta tierra de garbanzos! ¿Qué viene á hacer ese pobre libro en una tierra, en que lo pasaría mal el Cura que no quisiera cantar un responso por el *alma* del abuelo difunto? ¿Con qué fin le trajo por acá quien le trajo? ¡Ea! Echemos una cana al aire; y aunque el libro es viejo ya y mohoso, vamos á ocuparnos en él, á ver si perdemos este pícaro humor que nos trae aburridos.

I.

Comenzaremos, como es natural, por el principio. El principio es que, como dice Tuttle, «necesitamos hechos y una filosofía positiva basada en la naturaleza y en la razón». ¡Sí, señor! No

nos gustan las filosofías de la naturaleza, esto es, la física, química, etc., etc., construídas *à priori*, y que nunca salen de las hipótesis. ¡Hechos, hechos! y una filosofía positiva—no positivista—basada en la naturaleza *y en la razón*; que, como ella esté basada *en la razón*, muy ausente debe andar ésta de las cabezas que estimen de algún valor las doctrinas y los raciocinios de Büchner.

No es lo mismo lo que viene después. «Que nada le parece tan insensato como los esfuerzos hechos por algunos naturalistas distinguidos, para conciliar las ciencias naturales con los Artículos de la fe». Pero, señor, vamos á cuentas. Si esos naturalistas distinguidos están en la convicción de que su fe es verdadera, y ven algunos hechos ó teorías que parecen contradecirlo; natural es que busquen una conciliación, porque es ley del entendimiento humano no admitir cosas contradictorias. El autor cree que no hay Dios, y se afana por probar, con el éxito que iremos viendo; que el orden admirable que vemos en la naturaleza, ni es cielo ni es azul, quiero decir, ni es orden, ni admirable, ni supone un ordenador sapientísimo que así lo haya dispuesto; sino que es un producto bruto de la naturaleza, que en su *ciego instinto de crear*,—¡esto sí que es científico!—crea una pezuña en el brazo de un hombre, donde no sirve para nada. ¿Por qué así? Porque está convencido, ó lo aparenta—que en esto no me meto—de que no hay Dios, y vé un hecho que parece contrario á su opinión. Pues lo que no tiene por insensato en sí ¿por qué lo ha de ser en los otros? Deje, pues, que esos pobres diablos de naturalistas distinguidos, como un Linneo, un Newton, un Coste, un Liebig, procuren acallar sus escrúpulos religiosos, como él los suyos ateistas, y pruébeles *con hechos y buenas razones* que están en un error: eso es lo que importa.

Y, para que se vea que somos imparciales, digo que tiene razón al asegurar que sus ideas no son nuevas; ¡qué digo nuevas!

¡más antiguas que el bostezo! Son las ideas de los que principia-
ron á filosofar; que no sabiendo aun distinguir entre *imaginar*
una cosa y *pensar*, y no pudiendo *imaginar* lo espiritual, lo no
perceptible por los ojos y las manos, no admitieron más que
cuerpos. Así lo decía ya ¡y es verdad! desde el siglo XIII un
fraile, á quien han dado en llamar el Ángel de las escuelas.
También tiene muchísima razón en llamar verbosidad, charlata-
nismo y prestidigitación á esas filosofías de la naturaleza escritas
por el molde de Schelling ó Hegel ó Krause; pero hay además
otras filosofías que han dado al traste con la suya hace tiempo;
de modo que esa suya sólo puede radicar en cabezas que ignoren
aquellas. Vamos al primer capítulo de su admirable *resumen de*
todo lo más estúpido que han discurrido sobre filosofía los sabios
que la ignoran: así hubiera yo titulado su libro.

Comienza sus argumentos con un aforismo de Moleschott,
quien afirma que «la fuerza es la propiedad inseparable de la
materia, que la idea de una fuerza que no estuviese unida á la
materia, que vagara libremente por encima de ella, sería absur-
dísima»; y este aforismo, nosotros los ignorantes, no estamos dis-
puestos á admitirle sin pruebas. Vamos, pues, á nuestro común
criterio; los hechos y la filosofía basada en la naturaleza y la
razón. Cierto es que los hechos que observamos en el *mundo ma-*
terial nos presentan en combinación la fuerza y la materia, pero
es que no hay atracción sin cuerpos que se atraigan, elasticidad
sin cuerpos elásticos, dureza sin cuerpos duros; y recíprocamente,
que no hay cuerpo en el que no obre alguna fuerza. Pero tam-
bién nos enseñan los hechos que la materia es inerte, que de
suyo no desarrolla fuerza alguna, que si no se la mueve se está
quieta, que si se la mueve vá en la dirección que se la imprime
y con la velocidad correspondiente á la fuerza empleada y á la
masa movida; y estos y otros hechos son la base de toda una
ciencia llamada Mecánica, imposible sin ellos, y cuyos cálculos

se verifican con precisión suma, así en los cielos como en la tierra. Viene ahora la filosofía basada en la naturaleza y la razón, y dice que estos hechos no son inteligibles ni explicables, si no se admite una diversidad ontológica entre fuerza y materia, que son dos entidades distintas y diferentes, aunque no podamos *imaginar* una fuerza sin materia ni una materia sin fuerza, porque no *imaginamos* más que lo material, lo perceptible por los sentidos corporales. Y así, el inventor de la teoría de la atracción, de ningún modo consideraba ésta como esencial á la materia, y creía necesaria la acción de un agente inicial exterior é independiente de ella. Y el célebre director de *Les Mondes* escribe: «Si hay algo cierto en el mundo es que las moléculas de los cuerpos, y los mismos cuerpos, no se atraen en realidad; que la atracción, en vez de ser una fuerza real, es sólo una fuerza de explicación; que todo sucede como si los cuerpos se atrajeran, por más que no quepa la menor duda de que no se atraen. Newton y Euler, y todos los filósofos dignos de este nombre, no han podido ver en la materia sino dos cosas, la inercia y el movimiento privativamente impreso por una voluntad libre, motor primero é infinito. Y sólo con estos dos grandes conceptos, la inercia y el movimiento, la ciencia progresiva ha de poder explicar un día todos los fenómenos del mundo físico». Esas cosas dicen los que entienden algo de hechos y de filosofía basada en la naturaleza y en la razón.

Por lo demás, el raciocinio de Büchner y sus amigos viene á ser este: «En el *mundo físico* no percibimos fuerzas sino en los cuerpos, ni cuerpos que no estén sometidos á fuerzas; luego es absurdo admitir, *fuera del mundo físico*, en las regiones de la inteligencia y de la libertad, y en las más altas del Creador y ordenador del mundo, una fuerza independiente de la materia en su existencia ó en su acción». ¿Qué tal el argumento? Y todos los hombres que han creído y creen en Dios son absurdísimos;

y lo son todos los que no ven inconveniente en que Dios haya creado inteligencias puras que no necesiten un cuerpo para entender y querer; y todos los que admiten que el alma humana necesita condiciones físicas para el ejercicio de sus funciones; pero que es una entidad distinta de lo físico, é independiente de ello en su existencia, si no en su obrar, en la condición presente del hombre. No sabe nuestro doctor que, de hechos observados, jamás puede concluirse legítimamente, en el empirismo absoluto, la imposibilidad de hechos contrarios; en una palabra, que en él no caben las ideas necesarias, universales y absolutas, porque estas no son hechos, y de los hechos no puede salirse el empirismo. Puede decir: yo no observo fuerza sin materia; pero no puede concluir: luego no existe, no es posible, es un disparate creer en ella. Y luego viene la filosofía basada en la naturaleza y en la razón, y encuentra á la mano dos fuerzas sin materia; es decir, que no son cualidades de la materia, *Dios* y *el alma humana*; y las encuentra con muy buenas razones, y halla que no admitiéndolas son los hechos inexplicables y absurdos, y con ellas se explican perfectamente hasta dónde es posible en el estado que alcanza la ciencia; y por tanto, da por falso el citado aforismo de Moleschott, de que no hay fuerza sin materia, para negar igualmente la falsa conclusión de Büchner, de que los creyentes en un Dios Creador, ignoran el primero y más elemental principio del estudio de la naturaleza, basado en la filosofía y la razón. Y la que tienen para negar esta consecuencia es tan evidente, que apelan al juicio de los que tengan, aunque no sea más que la lógica del sentido común, para que digan si de esta proposición: *en el mundo que nos rodea no advertimos fuerza sin materia*, puede deducirse esta otra: *luego no hay un Dios sobre el mundo, infinitamente superior á él, que le ha criado tal cual es*. Y el juicio de cualquier hombre capaz de atar tres ideas, probará á Büchner que se puede manejar el microscopio, la balanza y la retorta, y no entender

gran cosa en esto de raciocinar con lógica y con sentido común. Que no podemos concebir *mentalmente* la materia sin fuerza, es tan falso, que ese es puntualmente el concepto de la materia, formado por los más ilustres filósofos, desde Platón y Aristóteles, hasta Newton; y hasta el mismo Bentley y el mismo Virchow, y Koestner, y Euler, y Arago, y Biot, que no creen que la atracción, que es de lo que menos podemos prescindir en el concepto de los cuerpos, sea una propiedad suya, ni baste para explicar el movimiento de los cuerpos celestes. Y lo que digo de la atracción, hay que decirlo de la cohesión y afinidad química, que son un caso particular de la atracción, y que repugna igualmente que puedan ejercerse por un átomo ó molécula sobre otro átomo ó molécula, entre los cuales no hay contacto real, como demuestran claramente la física y la química.

Veamos aun cómo aprieta el raciocinio de Büchner, y cuán prudente sería si se limitara á lo empírico, y no soñara en levantarse á esferas superiores. «Tampoco puede existir la fuerza sino en actividad». ¿Quién lo ha dicho? ¿No sabemos de cierto que tenemos la fuerza de sentir, pensar, querer esto ó lo otro, sin que lo estemos ejercitando siempre?» Será preciso, aplicando la noción del tiempo, decir que la fuerza creadora no ha podido existir antes ni después de la creación. No antes, porque es incompatible con la idea de la nada ó la inacción. Tampoco hubiera podido existir sin crear, porque hubiera permanecido *durante algún tiempo* en una inercia y un reposo completos, teniendo ante sí á la materia informe é inmóvil,—conceptos, que *hemos demostrado* ser un absurdo—(y nosotros lo contrario).—No después, porque la inacción y el reposo son incompatibles con la idea de semejante fuerza, y encierran al propio tiempo su negación. Admitir esta fuerza en un reposo eterno, gozando de su propia satisfacción, ó sumida en la contemplación de sí misma—(pues entonces no está en reposo)—sería hacer una suposición ficticia y

arbitraria, sin base *empírica* alguna». Pues, amigo, basta que haya una base *racional*; y la razón nos dice que existe una fuerza creadora; que ésta, por su misma naturaleza, tiene que ser eterna, necesaria, infinita en perfección y en acción; que por consiguiente nunca está en reposo, ni *antes* de la creación, porque no hay tal antes, pues la eternidad no se mide, ni *después*, por idéntica razón; y finalmente, nos dice que no gastemos tiempo en cosas elementales, y que es imposible que se nieguen con éxito por un simple naturalista los fundamentos esenciales de la buena filosofía.

(*Se continuará.*)

FRANCISCO CAMINERO.

SECTAS MÍSTICAS.

ALUMBRADOS.—QUIETISTAS.—MIGUEL DE MOLINOS.—
EMBUSTES Y MILAGRERÍAS.

(Continuación.)

VI.—OTROS PROCESOS DE ALUMBRADOS EN EL SIGLO XVII.—LA BEATA
MARÍA DE LA CONCEPCIÓN.—LAS MONJAS DE SAN PLÁCIDO Y FRAY
FRANCISCO CALDERÓN.

El número de causas de falsa devoción es grande en todo el siglo XVII; pero vista una, están vistas todas. Ni siquiera hay variedad en los pormenores. Así, por ejemplo, en el auto de fe de Madrid de 21 de Junio de 1621, salió con sambenito, corozza y mordaza la célebre embaucadora María de la Concepción, beata que presumía de santa (con ser lujuriosa y desenfrenada), y fingía visiones y éxtasis. Se la condenó á doscientos azotes y á cárcel perpetua. Y la sentencia la acusa de haber hecho pacto expreso con el demonio, y seguido los errores de Arrio, Nestorio, Elvidio, Mahoma, Calvino, y, finalmente, de los materialistas y ateistas; aunque yo creo (salvo todo el respeto debido al Santo Tribunal) que de ninguno de estos personajes y sectas tenía aquella beata ignorante la más leve idea (1).

En Valladolid, y en toda Castilla la Vieja, pasaba por santa la Madre Luisa de la Ascensión, vulgarmente llamada la monja de Carrión. Era más bien ilusa y engañada que engañadora, y

(1) Vid. Llorente, cap. XXXVIII, art. I.

de ninguna manera hereje. Contábanse de ella mil prodigios, y, sobre todo, que tenía las llagas ó estigmas de la Pasión en las manos. La Inquisición descubrió el engaño en 1635, y mandó recoger las devociones y reliquias de cruces, cuentas, Niños Jesús, láminas, etc., que con nombre de la Madre Luisa andaban (1). Con todo eso, el pueblo siguió venerándola.

Sería vana é inútil prolijidad traer á cuento otros procesos del mismo género, como el de la toledana Lucrecia, de León; el de *Juana la Embustera*, de Madrid, y el de Manuela de Jesús María: todos los cuales corresponden á los reinados de Felipe III y Felipe IV, en que fué grande la inundación de supercherías, así en la vida como en la historia. Pero en tales causas nada de dogma se atravesaba, y vale más dejarlas dormir en el olvido. Sáquelas, en buen hora, á luz quien busque noticias de costumbres ó quiera satisfacer una curiosidad algo pueril.

Más atención merece, siquiera por lo ruidoso, el proceso de las monjas de la Encarnación Benita de San Plácido, de Madrid. Pocos años llevaba de fundación este convento, y con no poca fama de perfección religiosa, cuando comenzaron á advertirse en él extrañas novedades, que muy luego abultó la malicia. Díjose que casi todas las monjas (veinticinco de las treinta que había) estaban endemoniadas, y entre ellas la Priora y fundadora, Doña Teresa de Silva, moza de veintiocho años y de noble linaje. El confesor, Fr. Francisco García Calderón (natural de Barcial de la Loma, en Tierra de Campos), no se daba paz á exorcisarlas, y entre visajes y conjuros se pasaron tres años, desde 1628 á 1631, hasta que el Santo Oficio juzgó necesario tomar cartas en el asunto, y llevó á las cárceles secretas de Toledo al confesor, á la Abadesa y á las monjas. Tras varios incidentes de recusación, fué sentenciada la causa en 1633, declarando al P. Calderón «sospechoso de haber seguido á varios herejes, antiguos y modernos, especialmente á *gnósticos*, *agapetos* y nuevos *alumbrados*, y los errores de los *pseudo-Apóstoles*, los de *Almarico*, *Serando* y *Pedro Joan*». Tuvo (añade la sentencia) deshonesto trato con

(1) *Cartas de algunos Padres de la Compañía de Jesús. (Memorial Histórico Español, tomo XIV, carta del P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra, 27 de Enero de 1637.)*

una beata, hija suya de confesión, ya antes castigada en el Santo Oficio por alumbrada y por pacto expreso con el demonio; y aun después de muerta, predicó él un sermón en loor de ella, y la hizo venerar por santa. Decía que «los actos ilícitos no eran pecados, antes, haciéndose en caridad y amor de Dios, disponen á mayor perfección, y no son estorbo para la oración y contemplación, sino que por ellos mismos, y poniendo el corazón en Dios, se puede conseguir un alto grado de oración». Tenía pensamientos de *reforma* de la Iglesia, y de que él y sus monjas habían de convertir al mundo: á la cual llamaba segunda redención y complemento de la primera. Pensaba llegar á ser Cardenal y Papa, y excitar á los Príncipes á la conquista de Jerusalén, y trasladar allí la Sede Apostólica, y reunir un Concilio, en que se explicaría el sentido oculto del *Apocalipsis*, y el de *los plomos del Sacro-Monte* (!!). Y, finalmente, llamaba inicuo é injusto al Tribunal de la Fe.

Por más que Fr. Francisco negó lo de ser alumbrado ni hereje, y dijo que en los actos libidinosos había procedido «como flaco y miserable», sin pensar ni dogmatizar que fuesen buenos, se le condenó á abjuración *de vehemanti*, á sufrir ciertos disciplinazos, y á reclusión perpetua en una celda de su convento, con obligación de ayunar tres días á la semana, y no comulgar sino en las tres Pascuas (1). Las monjas abjuraron de *levi*, y se las

(1) El proceso de las monjas de San Plácido está en el Archivo Central de Alcalá de Henares. De lo más substancial, y especialmente de las dos sentencias, corren multitud de copias en los tomos de papeles varios que poseen los curiosos, y aun creo que ha llegado á imprimirse en todo ó en parte. Yo me valgo del manuscrito *I-F-52* de la Biblioteca Real de Nápoles, que contiene:

I.—*Relación del suceso de San Plácido ante los inquisidores.*

II.—*Hechos de Fr. Francisco García Calderón, Prior del convento de la Encarnación Benita de San Plácido de Madrid, preso en las cárceles secretas de la Inquisición de Toledo, monje Benito; sobre que dieron sus censuras los Padres Maestros Fr. Juan de San Agustín, Predicador de S. M., agustino; Fr. Hernando Muñoz, trinitario; Luis de Torres, jesuita; Fray Pedro de Tapia, dominico; el Dr. Cristóbal de Guzmán, Maestro del señor Infante, y el Dr. D. Bartolomé de Castro, Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Toledo, calificador del Santo Oficio, una en 29 de Julio de 1628, y otra en 4 de Febrero del año 1630.*

III.—*Copia de la protestación que hicieron para siempre las monjas de San Plácido, que está al folio 1.481 del proceso.*

IV.—*Copia de la carta que escribió Fr. Francisco G. Calderón al Doctor Gaspar Gil, calificador del Santo Oficio, Canónigo Magistral de Zaragoza: la cual está al folio 1.400 del proceso original.*

repartió por varios conventos, con diversas penitencias. La Abadesa quedó privada de voto activo y pasivo en la comunidad por ocho años.

Y, sin embargo (¡ejemplo singular de lo falible de la justicia humana, aun en los tribunales más santos y calificados!), fué inicua la sentencia, á lo menos en lo relativo á las monjas, y el mismo Tribunal vino á reconocerlo por nueva sentencia diez años adelante. Y las cosas acaecieron de este modo.

Tales muestras de fervor, buena vida y humildad cristiana daba en su penitencia la Priora, que convencidos de su inocencia los Prelados de su Religión, lograron de ella, no sin dificultad, que apelase al Consejo de la Suprema contra la Sentencia de la Inquisición toledana; moviéndola á este paso, no tanto el cuidado de su buen nombre, como la honra de todo el Instituto benedictino, comprometido, al parecer, por aquel escandaloso proceso. Doña Teresa hizo constar que todo había sido maraña urdida por Fr. Alonso de León, enemigo acérrimo del confesor, y por el comisionado de la Inquisición Diego Serrano, que aturdió á las monjas, y falsificó sus declaraciones, y les hizo firmar cuanto él quiso, *minis et terroribus*. Probó hasta la evidencia que jamás había penetrado en su monasterio la herejía de los alumbrados, ni otra alguna, y que eran atroces calumnias las torpezas que se imputaban á las religiosas. Dijo que realmente ella y las demás se habían creído endemoniadas, y que el confesor las exorcisaba de buena fe; pero que quizá hubiera sido todo efecto de causas naturales (fenómenos nerviosos, que hoy diríamos). «Sólo Dios sabe (añade la Priora) cuán lejos estuve de los cargos que me hicieron, los cuales fueron puestos con tal unión, enlace y malicia, que siendo verdaderas todas las partes de que se componían en cuanto á mis hechos y dichos, resultaba un conjunto falso y tan maligno, que no bastaba decir la verdad sencilla de lo sucedido para que pareciese la inocencia..... y así, con la verdad misma me hice daño, por las malas y falsas consecuencias que se sacaban contra mí».

Hay tal sinceridad y candor en todas las declaraciones de la Priora, hasta en lo que dice del demonio *Peregrino*, de quien se juzgaba poseída, que ni por un momento puede dudarse de su inculpabilidad. No así de la del confesor, que parece hombre li-

viano y enredador, aunque no fuera hereje. Él confesó tratos deshonestos, pero con cierta beata, nunca con las monjas.

La Inquisición mandó revisar los autos: hizo calificar de nuevo las proposiciones (1) por los más famosos teólogos de varias Órdenes, y por Sentencia de 5 de Octubre de 1638, restituyó á las monjas en su buen nombre, crédito y opinión, dándoles testimonio público de esta absolución, de la cual se envió un traslado al Papa y otro al Rey. Del confesor nada se dice: lo cual prueba que no le alcanzó el desagravio (2).

VII.—EL QUIETISMO.—MIGUEL DE MOLINOS (1627-1696).—EXPOSICIÓN DE LA DOCTRINA DE SU «GUÍA ESPIRITUAL».

De la vida de este famoso heresiarca, antes de su viaje á Roma, apenas quedan noticias. De él, como de otros disidentes nuestros, puede decirse que no fué profeta en su patria, ni le conoció nadie, hasta que los extraños le levantaron en palmas. Era un clérigo oscuro, natural de Muniesa, en la diócesis de Zaragoza, y se había educado en Valencia, donde tuvo un beneficio y fué confesor de unas monjas. Se jactaba de haber sido discípulo de los Jesuitas del Colegio de San Pablo, á quienes apoyó en sus cuestiones con la Universidad.

Fué á Roma en solicitud de una causa de beatificación el año 1665, pontificado de Clemente IX. De los documentos que tenemos á la vista consta que moraba cerca del Arco de Portugal, en la calle del Corso, y que de allí se trasladó á otra casa de la calle de la Vite. Asistía muy de continuo á la Congregación llamada *Escuela de Cristo*, en San Lorenzo in Lucina, que más adelante se estableció en Santa Ana de Monte-Cavallo, hospicio

(1) Fueron calificadores: Fr. Pedro de Urbina, de la Orden de San Francisco; Fr. Gabriel González y Fr. Juan García, del Orden de Santo Domingo; Fr. Luis de Cabrera, de la Orden de San Agustín; Fr. Marcos de Salmerón, de la Merced; Juan de Montalvo, Juan Martínez de Ripalda y Juan Antonio Usoz, jesuitas; y los doctores D. Antonio Calderón y D. José Arguez.

(2) Hay una copia de esta segunda sentencia en el tomo CXVIII de *Papeles Varios*, manuscrito de la Colombina.

de religiosos descalzos de Santa Teresa; luego cerca de la iglesia de San Marcelo, en las casas del Cardenal de Aragón, y, finalmente, en la iglesia de San Alfonso, de Padres Agustinos descalzos españoles. Esta Congregación fué el primer foco del Quietismo, y Molinos llegó á dominarla á su albedrío, arrojando de ella á más de cien Hermanos que le eran hostiles. Pronto su fama de piedad y religión le abrieron las puertas de las principales casas de Roma. Parecía buena y sana su doctrina, como que recomendaba sin cesar las obras espirituales del venerable Gregorio López y del P. Falcón (1).

Era (conforme le describen las relaciones italianas del tiempo) «hombre de mediana estatura, bien formado de cuerpo, de buena presencia, de color vivo, barba negra y aspecto serio». Pasaba por director espiritual sapientísimo, y por hombre muy arreglado en vida y costumbres, aunque no muy dado á prácticas exteriores de devoción.

El fundamento de esta reputación estribaba en un libro tan breve como bien escrito, especie de Manual ascético, cuyo rótulo á la letra dice: *Guía espiritual que desembaraza el alma y la conduce al interior camino, para alcanzar la perfecta contemplación* (2). No imprimió esta obrilla el mismo Molinos, sino su *fidus Achates*, Fr. Juan de Santa María, que recogió para ella aprobaciones de Fr. Martín Ibáñez de Villanueva, trinitario calzado, calificador de la Inquisición de España; del P. Francisco Ma-

(1) *Vida | del Doctor D. Miguel de Moli- | nos Aragonés | condenado en Roma por el Sacrosanto y tremendo | Tribunal de la Inquisición. | «Umbras fugit veritas». | Triunfo de la verdad | y de la Santidad de nuestro Señor | Papa Inocencio XI. | Contra el dicho Miguel de Molinos | sus errores y maldades. |* (Relación escrita, á no dudarlo, por un testigo ocular. Es más completa que todas las que hemos visto. Se conserva en Roma, en la Biblioteca de la embajada de España, manuscritos E-11 y T-II, número 103.)

—*Sommario del processo et abiura del Molinos.* (Pág. 289 de un manuscrito de la Biblioteca Casanatense de Roma, intitulado *Varii Successi Curiosí*; X-VII-46.)

(2) Me valgo para este análisis de la traducción francesa rotulada *Guide Spirituelle pour degager l'ame des objets sensibles et pour la conduire par le chemin intérieur á la contemplation parfaite, et á la Paix intérieure, par Michel de Molinos, Prêtre et Docteur en Théologie. Traduite sur la dernière édition Italienne, imprimée á Venise avec Aprobation et Privilège. Amsterdam, chez A. Wolfgang..... et chez P. Savouret, 1688.* (Al fin del *Récueil*, de Gilberto Burnet, que citaré luego.)

ría de Bologna, calificador de la Inquisición Romana; de Fr. Domingo de la Santísima Trinidad; del P. Martín Esparza, jesuita, y del Padre Francisco Jerez, capuchino, definidor general de su Orden. La primera edición se hizo en 1675; reimprimióse al año siguiente en Venecia, y con tal entusiasmo fué acogida, que en seis años llegaron á veinte las ediciones en diversas lenguas. Hoy son todas rarísimas: yo la he visto en latín, en francés y en italiano, pero jamás en castellano, y es lástima, porque debe de ser un modelo de tersura y pureza de lengua. Molinos no estaba contagiado en nada por el mal gusto del siglo XVII, y es un escritor de primer orden, sobrio, nervioso y concentrado: cualidades que brillan aun á través de las versiones.

Con todo eso, la *Guía Espiritual* es uno de los libros menos conocidos y menos leídos del mundo, aunque de los más citados. Yo voy á presentar un fiel resumen de ella, que muestre su importancia en la historia de las especulaciones místicas. Es fácil analizarla, porque Molinos, al contrario de su paisano Servet (con quien tiene otros puntos de contacto), se distingue por la claridad y el método.

El editor, Fr. Juan de Santa María, quiere persuadirnos de que Molinos escribió la *Guía* «sin otra lectura ni estudio que la oración y el *martirio interior*, sin más artificio que los movimientos del corazón, sin otra mira que la de responder á la inspiración, y, por decirlo así, á la violencia divina». Á despecho de tales pretensiones, comunes en todos los iluminados, v. gr., en Juan de Valdés, Molinos era hombre de grandes lecturas místicas, así ortodoxas como heterodoxas, y con frecuencia cita y aprovecha, torciéndolos á su propósito, conceptos y frases de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, lo mismo que de Ruysbroeck y de Tauler, ó del Areopagita y de San Buenaventura.

Molinos empieza por definir la mística *ciencia de sentimiento*, que se adquiere por *infusión del espíritu divino*, no por la lectura de los libros ni por sabiduría humana. Dos caminos hay para llegar á Dios: uno, la meditación y el razonamiento; otro, la fe sencilla y la contemplación. El primero es para los que comienzan; el segundo para los ya adelantados, en quienes es preciso que el amor vuele, dejando el entendimiento atrás. Cuando el alma ha roto los lazos de la razón, Dios obra en ella, y la llena

de luz y de sabiduría. En tal estado, basta una fe general y confusa, y aun *negativa*, que, con serlo, excede siempre á las ideas más claras y distintas que se forman de Dios mediante las criaturas.

La meditación es cosa distinta de la contemplación, aunque una y otra sean formas de oración; pero la primera es obra de la inteligencia; la segunda del amor. Puede definirse la contemplación *«una vista sincera y dulce sin reflexión ni razonamiento*. Para alcanzarla, es fuerza abandonar todos los objetos creados, así espirituales como materiales, y ponerse en manos de Dios. En el interior del alma se halla su imagen, se escucha su voz, como si no hubiera en el mundo más que él y nosotros.

La contemplación se divide en *adquisita*, ó *activa*, é *infusa*, ó *pasiva*. La primera es imperfecta, y está en mano del hombre llegar á ella, si Dios le llama por ese camino, y le dá los auxilios de la gracia. Las señales de esto son: 1.^a, incapacidad de meditar; 2.^a, tendencia á la soledad; 3.^a, fastidio y disgusto de los libros espirituales; 4.^a, firme propósito de perseverar en la oración; 5.^a, vergüenza de sí misma, horror extremo del pecado y profundo respeto á Dios. En cuanto á la contemplación infusa, que Molinos describe con palabras de Santa Teresa en el *Camino de Perfección* (cap. XXV), es una pura gracia de Dios, que la da á quien Él quiere.

El objeto de la *Guía* es desterrar la rebelión de nuestra voluntad y conducirla á la paz y recogimiento interior. No hay que arredrarse por las tinieblas, por la sequedad y las tentaciones. Son medios de que Dios se vale para purificar el alma. «Es fuerza que sepáis (dice Molinos) que vuestra alma es el centro, el asiento y el reino de Dios. Si queréis que el Soberano Rey venga á sentarse en el trono de vuestra alma, debéis tenerla limpia, tranquila, vacía y sosegada: limpia de pecados y de defectos; tranquila y exenta de errores; vacía de pensamientos y deseos; sosegada en las tentaciones y aflicciones».

Cuando el alma se encuentra *privada del razonamiento*, debe perseverar en la oración y no afligirse, porque su mayor felicidad se halla en ese estado. Esta sequedad y estas tinieblas son el camino más breve y seguro para llegar á la contemplación. Sufrir y esperar, pues, que Dios hará lo restante. Hay que marchar con los ojos cerrados, sin pensar ni razonar absolutamente. Á Dios

hemos de buscarle, no fuera, sino dentro de nosotros mismos. El alma no debe afligirse ni dejar la oración, aunque se sienta oscura, seca, solitaria y llena de tentaciones y tinieblas. La oración quieta y amorosa es sólo para los principiantes que aun no pueden salir de la devoción sensible. Al contrario, la sequedad es indicio de que la parte sensible se va extinguiendo, y, por lo tanto buena señal; como que produce todos estos bienes: 1.º, perseverancia en la oración; 2.º, disgusto de todas las cosas mundanas; 3.º, consideración de nuestros defectos propios; 4.º, advertencias secretas, que impiden cometer tal ó cual acción y mueven á corregirse; 5.º, remordimiento de cualquier falta ligera; 6.º, deseos ardientes de sufrir y hacer cuanto Dios quiera; 7.º, inclinación poderosa á la virtud, 8.º, conocerse el alma á sí misma y despreciar las criaturas; 9.º, humildad, mortificación, constancia y sumisión. De ninguno de estos efectos se da cuenta el alma por entonces, pero los reconoce después.

Hay dos especies de devoción: la esencial y verdadera, y la accidental y sensible. Debe huirse de la segunda, y aun despreciarla, si se quiere adelantar en la vía interior.

Ni ha de creerse que cuando el alma permanece quieta y silenciosa está en la ociosidad; antes el Espíritu Santo trabaja entonces en ella, y las tinieblas que Dios envía son el camino más derecho y seguro: *aniquilan el alma* y disipan todas las ideas que se oponen á la *contemplación pura* de la verdad divina.

No llegará el alma á la paz interior si antes Dios no la purifica. Los ejercicios y mortificaciones no sirven para eso. El deber del alma consiste en no hacer nada *proprio motu*, sino someterse á cuanto Dios quiera imponerle. El espíritu ha de ser como un papel en blanco, donde Dios escriba lo que quiera. Ha de permanecer el alma largas horas en oración muda, humilde y sumisa, sin obrar, ni conocer, ni tratar de comprender cosa alguna. Será acrisolada con todo linaje de tormentos interiores y exteriores, y se desatarán contra ella todas las pasiones y los deseos impuros. Pero no debe inquietarse ni apartarse del camino espiritual, por más recia que la tempestad brama. La tentación sirve para probar al hombre y hacerle sentir su bajeza, y en la tentación se apura y acendra el alma como en el crisol el oro. «Las tentaciones (concluye Molinos) son una gran felicidad. El

modo de rechazarlas es no hacer caso de ellas, porque la mayor de las tentaciones es no tenerlas».

La fé debe ser pura, sin imágenes ni ideas; sencilla y sin razonamientos; universal, sin reflexión sobre objetos distintos. En medio del recogimiento asaltarán al alma todos sus enemigos; pero el alma saldrá ilesa y triunfante con ponerse en las manos de Dios, hacer un acto de fe, separarse de todo lo sensible y permanecer inactiva, retirada en la parte superior de sí misma, *abismándose en la nada*, como en su centro, y sin pensar en nada, y mucho menos en sí misma. Dios hará lo demás. No se pierde la contemplación *virtual y adquirida*, aunque la molesten mil pensamientos importunos, con tal que no se consienta en ellos.

Los trabajos ordinarios de la vida (estudiar, predicar, comer, beber, negociar, etc.) no apartan del camino de la contemplación, que virtualmente se sigue, dada la primera resolución de entregarse á la voluntad divina.

La meditación no comunica al alma más que algunas verdades particulares; sólo en la contemplación se halla la verdad universal. Puede entrarse *en el mar inmenso de la divinidad* teniendo presentes los misterios de la humanidad de Jesucristo; pero mejor por un acto sencillo de fe que por la meditación, la cual, por lo que tiene de racional y sensible, no es del agrado de Molinos. Él está por la contemplación pura, en que callan las palabras, los deseos y los pensamientos.

El libro segundo de la *Guía Espiritual* está dedicado, en su mayor parte, á consejos sobre la elección de un director espiritual, que allane los caminos de la gracia. «Un buen confesor (dice) es más conveniente que muchos libros místicos y espirituales: los libros hacen más daño que provecho, porque están llenos de conocimientos *razonados*». Á este confesor hay que someterse en todo con obediencia sencilla, pronta y ciega, porque la *santa inacción* vale mucho más que todos los esfuerzos propios contra los malos pensamientos y los escrúpulos.

Los avisos á los confesores son, en general, sabios y prudentes: requiere en ellos luz, experiencia y vocación divina, y les aconseja que no se mezclen en los negocios temporales de sus penitentes; que no acepten nunca el cargo de ejecutores testamentarios; que no visiten á sus hijas de confesión; que huyan de

toda hipocresía; que impongan penitencias moderadas, para que sea más fácil cumplirlas; que no acepten regalos; que no crean ni condenen de ligero las revelaciones que les cuenten.

Es medio efficacísimo la frecuente comunión para adquirir todas las virtudes, en especial la paz interior. Á pesar de las frialdades y sequedades deben acercarse á la sagrada mesa las almas interiores y espirituales, aunque se encuentren mal dispuestas, sin devoción y sin fervor, con tal que tengan firme resolución de no pecar.

No es preciso entregarse á penitencias austeras é indiscretas, que pueden fomentar el amor propio é inspirarnos acritud hacia el prójimo. Son buenas y santas, sin embargo, con tal que estén medidas por la discreción y por los avisos de un buen director. En la vía *iluminativa* y en la *unitiva* deben ser muy moderadas. Las penitencias que uno voluntariamente se impone, aunque sean rigurosas, parecen siempre más dulces que las ordenadas por voluntad ajena; pero deben preferirse estas por lo que mortifican el amor propio. Más fácil es mortificar el cuerpo que el espíritu; pero es más meritoria la mortificación espiritual.

En el libro tercero está lo culminante del sistema: la proclamación más elocuente, que se ha hecho nunca, del *nihilismo extático*.

Después de repetir que la paz interior no se logra por dulzuras sensibles ni consuelos espirituales, sino por la perfecta abnegación de sí mismo, añade que Dios purifica el alma de dos maneras: por angustias y tormentos espirituales, y por el fuego de un amor ardiente é impetuoso. Para que un alma se convierta en celeste, de terrena que era; para que se una con Dios y goce del Soberano Bien, es preciso que sea purificada en el fuego de la tribulación, superior á la de los mártires, porque á estos los consolaba Dios, al paso que aquí «*Dios hiere y se esconde*». Mas no ha de buscar el alma consuelos sensibles, sino «*encerrarse y sumergirse en la nada*». No consiste la felicidad en gozar, sino en padecer con espíritu tranquilo y sumiso. Hay otro martirio, todavía más útil y meritorio, que es sólo para los ya curtidos en la lid espiritual, á saber: un fuego de amor divino, que abrasa el alma y la consume en deseos amorosos. Molinos describe admirablemente las angustias de este amor.

«Si no encontráis á Dios en todo (continúa después de esa efusión), aun estáis muy lejos de la perfección. El verdadero amor se conoce en sus frutos, que son una humillación profunda y un deseo sincero de ser mortificado y despreciado. En el fondo de nuestra alma está el asiento de la felicidad: allí nos descubre el Señor sus maravillas. *Perdámonos, sumerjámonos en el mar inmenso de su bondad infinita, y quedemos allí fijos é inmóviles.* Muramos sin cesar para nosotros mismos: conozcamos nuestra miseria». Y aquí Molinos dirige la palabra al alma, y la desprecia y la abate, y enumera implacablemente sus defectos.

Convencidos ya de nuestra bajeza, con verdadera humildad, no con la que nace de orgullo secreto, «entonces es cuando el Divino Esposo, suspendiendo las facultades del alma, le infunde un sueño dulce y tranquilo, en que goza el espíritu con un reposo increíble, sin saber en qué consiste su gozo». El alma elevada á este estado pasivo, se encuentra unida con el Sumo Bien, sin que esta unión le cueste fatiga, y se llena de luz y de amor.

Dios no ilumina siempre, ni por igual modo: unas veces da más luz al entendimiento, otras más amor á la voluntad. El alma puede levantarse á la contemplación infusa por dos caminos: el gusto y los deseos. Y la contemplación infusa tiene tres grados: en el primero se llena el alma de Dios, y se disgusta de todo lo mundano; el segundo es una como embriaguez espiritual, un éxtasis ó elevación del alma; el tercero, una seguridad inquebrantable, que llega hasta el martirio. Aun pueden señalarse otros cinco grados en la contemplación: el fuego, la oración, la elevación, el placer y el reposo.

Cuatro son los efectos de la contemplación: iluminación, encendimiento, suavidad, inmersión de todas las facultades en Dios. La iluminación es á modo de una ciencia infusa, por la cual el alma contempla con delectación la verdad divina; un conocimiento intuitivo de las perfecciones de Dios y de las cosas eternas. La mayor parte de los hombres se dejan guiar de la opinión, y juzgan según las falsas ideas que sus sentidos ó imaginación les presentan. Pero el sabio, iluminado por la contemplación interior, no juzga de nada, sino guiándose por la verdad esencial que vive en él; y así oye, concibe, penetra, y se levanta sobre todo y sobre sí mismo. Molinos habla con desdén de los

sabios escolásticos y de los predicadores retóricos que se predicán á sí mismos. «La suprema sabiduría (llega á decir) odia mortalmente las imágenes y las ideas: y la mezcla de un poco de ciencia es obstáculo invencible para la eterna, profunda, pura sencilla y verdadera sabiduría. Si los sabios mundanos quieren hacerse místicos, tendrán que olvidarse totalmente de la ciencia que poseen, y que si no lleva á Dios por guía, es el camino derecho del infierno.

Su verdadera y perfecta aniquilación se funda en dos principios: el desprecio de nosotros mismos, y la alta estimación de Dios. Esta aniquilación ha de alcanzar á toda la sustancia del alma, pensando como si no pensase, sintiendo como si no sintiera, etc., hasta renacer, como el fénix, de sus cenizas, trasformada, espiritualizada y *deificada*.

La *nada* es el camino más breve para llegar al Soberano Bien, á la pureza del alma, á la contemplación perfecta y á la paz interior. «Abismaos en la *nada*, y Dios será vuestro *todo*». En no considerar nada, en no desear nada, en no querer nada..... consiste la vida, el reposo y la alegría del alma, la unión amorosa y la trasformación divina. Y con una especie de himno en loor de la *nada* cierra Molinos su tratado (1), poético, en verdad, aunque con cierto género de poesía enfermiza y enervadora. Es el *Nirwana* búhdico, la filosofía de la aniquilación y de la muerte, la condenación de la actividad y de la ciencia; el *nihilismo*,

(1) Las principales ediciones italianas de la *Guía* son:

Guida Spirituale per l'interiore Cammino all'acquisto della perfetta contemplazione e pace interiore. (Roma, por Miguel Ercole, 1675; en 12.º)

—Idem, por el mismo impresor, 1677.

—Idem, id., 1681.

—*Guida Spirituale*, etc., con un trattato della *Communione quotidiana e l'eccellenza dell'orazione mentale.* (Venecia, G. Hertz, 1683; en 12.º Va unido el *Trattato della Communione quotidiana*..... Venecia, G. Hertz, 1683.)

En la edición de Roma (1675) se encuentra, además, una *Lettera scritta ad un Cav. Spagnolo, per animarlo all'esercizio dell' orazione mentale con il modo di farla.* (Roma, M. Ercole, 1675.)

En latín he visto la siguiente:

Michaelis de Molinos Manuductio Spiritualis, una cum tractatu ejusdem de quotidiana communionem; in latinam linguam translata ab Augusto Hermanno Franckio: liber in quo dogmata eorum qui Quietistæ vocantur, præcipua declarantur: additum decretum Im. XI contra Molinos et ejus sectam. Lipsiæ, Reinhardus Wechtler, 1687. (En 12.º)

en suma, al cual vienen á parar, por diferentes caminos, los modernos pesimistas y filósofos de *lo incónciente*. Eso es el *Quietismo*, y hoy le volvemos á tener en moda, arreado con los casca- beles germánicos de Schopenhauer y Hartmann. De un modo más idealista y espiritual en Molinos, más grosero y material en los modernos, la cesación y muerte de la conciencia individual es el paradero de ambos sistemas: la felicidad está en la nada.

Molinos es autor, además, de un brevísimo *Tratado de la Co- munion cotidiana*, que recomendaban mucho todas las sectas alumbradas, y de algunas cartas espirituales. Nicolás Antonio, que le trató mucho en Roma, le atribuye cierta obra publicada á nombre de D. Juan Bautista Catalán (1).

(*Se continuará.*)

M. MENÉNDEZ PELAYO.

(1) *Traité | de la Communion | Quotidienne. | Traduit de l'Espagnol de | Michel de Molinos, | Prêtre et Docteur en Théologie. Amsterdam, 1688.* (En el *Récueil* de Burnet.) Allí mismo pueden verse dos cartas sobre las excelencias de la oración mental y el modo de practicarla. En la segunda se halla esta proposición: «Si el alma se distrae largo tiempo en pensamientos extravagantes y sucios, no deja de agradar á Dios, con tal que no consienta en ellos».

En el código b-IV-1 de la Casanatense (*Molinosismo e Molinisti, condannati dalla Suprema Congregazione del Santo Officio. Carte dirette e originali del fu Cardinale Casanata.*) hay una consulta del Párroco de Pomigliano de Atella á Molinos, respondida por este en 18 de Febrero de 1680.

El libro atribuido por Nicolás Antonio á Molinos (art. *Juan Baptista Catalá*) se rotula: *Devoción de la buena muerte con ejercicios de meditación.* (Valencia, Bernardo Nogués, 1662.) Nicolás Antonio conoció y trató á Molinos, y fué uno de los primeros en desaprobar su *Guía*.

Dicen (pero debe ser exageración) que cuando prendieron á Molinos le encontraron más de 12.000 cartas. Tan grandes eran sus relaciones con los devotos de todos los países de Europa.

TRADUCCIÓN LIBRE DEL SALMO IV DE DAVID.

«CUM INVOCAREM».

Siempre que en llanto el corazón deshecho,
 Dios mío, te he invocado,
 Me oiste; protegiendo mi derecho,
 Y libre de cuidado,
 Con grande anchura respiró mi pecho.
 Duélate mi agonía,
 Y escucha el ruego que mi voz te envía.

¡Oh hijos de los hombres! ¿y hasta cuándo
 Gemiréis bajo el peso
 Que en vuestro corazón está gravando?
 ¿Por qué con loco exceso
 Amáis la vanidad y vais buscando
 Para vuestra desgracia,
 De la baja mentira la falacia?

Bien sabéis que ostentó sus maravillas
 El Señor en su Santo,
 Que acogerá mis súplicas sencillas,
 Y ha de enjugar el llanto
 Con que la angustia baña mis mejillas;
 Y con oído atento,
 Cuando á Él clamare, escuchará mi acento.

Contra vosotros mismos irritados,
 Herid el duro pecho;
 No volváis á pecar, y avergonzados,
 Regad con lloro el lecho,
 Gemid de corazón vuestros pecados,
 En justa penitencia
 De lo que en él decís con insolencia.

Ofreced de justicia sacrificios
 Con mano penitente,
 Y esperad del Señor los beneficios;
 No sigáis locamente
 Á muchos que en disculpa de sus vicios
 Exclaman irritados:
 «Que nos muestren esos bienes decantados».

Marcado el sello nuestra frente ostenta
 De tu rostro divino,
 Su luz, que al sol en su zenit afrenta
 Nos alumbra el camino;
 Y al andarle, sus fuerzas acrecienta
 La fe del alma mía,
 Que tú, Señor, inundas de alegría.

Suyo es todo, y nos da con abundancia
 Su generosa mano
 Del oleoso fruto la sustancia,
 En las mieses el grano,
 Y del caliente vino la fragancia;
 Por Él la tierra rica
 La simiente en su seno multiplica.

Con envidiable paz en tu regazo
 Dormiré sin recelo
 De que me aprese el enemigo lazo;
 Que en premio de mi anhelo,
 En tu esperanza con potente brazo,
 Por singular manera,
 Me asentaste, Señor, el alma entera.

F. DE LA VERA É ISLA.

Á LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR.

ODA

DEL SEÑOR DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

Por el último vapor hemos recibido de nuestro hermano José Antonio Calcaño, una oda Á LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR, que acaba de publicar en Madrid el erudito escritor y poeta español D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, á quien él le profesa respetuoso y profundo afecto.!

Desde que la espada de Alarico rompió la tradición literaria antigua, la poesía castellana, aun la que exagera, como el romancero y los dramas del divino Calderón, el sentimiento del honor y de la venganza, que tiene aun algo de la barbarie de aquellos tiempos de combate, vino á ser eminentemente religiosa en su carácter, porque las pasiones que expresa y los sentimientos que ensalza, demuestran haberse transformado soberanamente al influjo de la doctrina espiritual, expansiva, llena de abnegación y de piedad, predicada por Cristo. Mas, á pesar de ser España una nación esencialmente católica; á pesar de que el paganismo jamás podrá competir con el cristianismo, en la majestad de los símbolos, en la belleza de las imágenes, en lo patético de los cuadros, en la grandeza de los personajes, en lo divino de las ideas; á pesar de que siempre será más conmovedor y más sublime el suplicio de Jesús, Hijo de Dios y Dios verdadero, que el suplicio de Prometeo; más hermosa María, llorando al pie de la Cruz, que Venus saliendo de las espumas [del mar en su carro tirado por cisnes ó palomas; á pesar de todo eso, la poesía castellana continuó por muy largo tiempo rindiendo culto en la

forma á la poesía pagana; y aun así, escasas son las poesías sagradas, que como reliquias conservamos, de Fray Luis de León, de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Jesús y de otros poetas de no tan relevante mérito. Y es notable, que individuos que vestían hábitos sagrados como Sor Juana Inés de la Cruz y Fray Diego González, parece como que preferían á los asuntos religiosos, los profanos de amoríos vulgares, perteneciendo á este género los mejores trabajos que nos han dejado. Sólo en el presente siglo, Alberto Lista, Gallego, Zorrilla, Lármig y otros poetas distinguidos de España, al par que no pocos de las repúblicas hispano-americanas, han dado impulso á la poesía sagrada, tan conforme con la majestad y elevación del verso castellano; y aun cuando yendo algunos de ellos á beber en la fuente de la poesía italiana, que tiene á Gianni, Monti, Manfredi, Minzoni, Ceresola y muchos otros poetas, felices tanto en la elección de los asuntos sagrados como en el desempeño artístico. No hay para qué mencionar al Dante y su *Divina Comedia*, porque este maravilloso poema, que revela el más perfecto conocimiento de la Religión cristiana y un estudio detenido de las ciencias ocultas ó filosofía simbólica de los antiguos, es único en su género; ni la *Jerusalén* del Tasso, porque en el fondo tiene mucho del paganismismo, bien que en su forma se vea ya el influjo de la poesía cristiana, como que el autor no podía sustraerse por entero á la atmósfera que respiraba en el seno de una gran sociedad católica.

Y esta pobreza *nuestra* en materia de poesía sagrada es digna de lamentarse, porque las tradiciones bíblicas, la tragedia del Calvario, el martirio de los primeros cristianos, la vida monástica, los símbolos, las imágenes, las ideas, todo en esta Religión, en la que la creación palpita, en la que el grande espíritu de Dios resplandece, en la que se alzan majestuosos la humana piedad y el amor del alma, que han reemplazado al terror y á la voluptuosidad como expresión artística, están respirando poesía y maravillosidad. Todo ello daría vida á obras de gran mérito que al mismo tiempo contribuirían poderosamente, fuera de los dominios del fanatismo, siempre condenable, al mejoramiento de la humanidad y al consiguiente progreso de la civilización cristiana; sin la cual no puede haber orden ni estabilidad posibles en el

seno de las sociedades. Y no es que pretendamos sostener que España no tiene poetas sagrados. Lejos de eso. Nadie negará el evidente progreso de las letras españolas en los actuales tiempos, en que España se presenta de nuevo ante el mundo desplegando vigorosas fuerzas en saber y en virtud. Sus escritores, y en especial sus oradores parlamentarios, que son el asombro de los Congresos modernos, hacen adelantar la prosa, libertándola de los hierros de una afectación de mal gusto, y dándole carácter más práctico. Y en cuanto á la poesía, á pesar de la época tan conturbada por que la nación viene atravesando, sigue el natural camino de este adelantamiento de modo tan señalado, que aun los poetas eruditos que gustan de rendir culto á la forma clásica, como el insigne Guerra y Orbe y el prodigioso joven Menéndez Pelayo, tienen un estilo claro y vigoroso, que dista mucho de la debilidad, de los retruécacos y de la afectación de los que en tiempos pasados, salvo nobilísimas excepciones, parece que hacían consistir el clasicismo de sus trabajos literarios en estos duros grillos con que sujetaban el ingenio.

La crítica, que ha abandonado el trillado sendero de Hermosilla y el espíritu de envidia que parecía dominar en Martínez Villergas, lanzándose por dilatados espacios, ha formulado como en la pensadora Alemania un Código más meditado y más discreto; y á sus principios elevados, más conformes con la verdadera naturaleza del arte, débese en gran parte la nueva faz en que va entrando la literatura española, que cuenta hoy con prosistas y poetas que determinan ya una verdadera restauración de las letras.

Á esto contribuye naturalmente, lejos de amenguarlo, como otros pretenden, el movimiento político que allí se efectúa, la libertad, el respeto profundo por los derechos humanos que está consagrando el gallardo Monarca que rige hoy los destinos de España; porque á la sombra de la libertad prosperan las ciencias y las artes; y la tiranía nunca ha dado sino frutos de desolación y de muerte.

Pero la poesía religiosa, de la cual tratamos someramente en este artículo, si tiene en España y en América representantes de mérito, puede decirse, por las razones que hemos expuesto, que es un campo todavía no espigado, aun contrayéndonos al amor,

sentimiento en el cual han girado los cantos de la mayor parte de los poetas sagrados. Pero, no obstante, aun en este exclusivo género, el progreso es evidente.

El amor religioso de Zorrilla, poeta en quien aun las imágenes y los pensamientos incomprensibles agradan como excentricidades del ingenio, como lujoso derroche de millonario, está contaminado de los amores mundanos, como si las inclinaciones voluptuosas de la naturaleza del hombre dominasen en el poeta imprimiendo carácter á sus elucubraciones literarias; y el de Núñez de Arce y el de Velarde lleva también el sello de las tempestades del mundo, como si el corazón de estos poetas pensadores no se pudiera sustraer al influjo ejercido por la contemplación de las miserias de la humanidad en esta época de rudos combates; empero la poesía religiosa de Guerra y Orbe y de José Antonio Calcaño exhala uno como olor de mirra, de cinamomo y de nardo, semejante al incienso que se derramaba en el ara de los antiguos tabernáculos, tal así como si el genio de estos poetas, temiendo mancharse con el contacto del mundo, batiese las alas, y sustrayéndose á la atmósfera terrestre, se meciese en los espacios, bebiendo la luz de los astros que sirven de escabel á lo infinito.

Guerra y Orbe es un sabio, no sólo por sus extensos conocimientos en las letras humanas, sino por la austeridad y la pureza de su vida, que tan claramente se reflejan en sus escritos, siempre de estilo igual, apacible, vigoroso y lleno de pensamientos sanos. Su estilo y el carácter de sus trabajos literarios, desnudos de afectación y revestidos por el contrario de una naturalidad que se exhala como el perfume de un corazón recto y de una conciencia pura, acusan un carácter bondadoso, placentero, igual, decidido por la paz y las comodidades de la vida é inclinado á la meditación y al estudio; y esto explica por qué no hemos oído nunca sonar su nombre en las tempestades políticas de su patria, cuando raro será el poeta español que no haya quemado su grano en el altar de la diosa del siglo.

Estas cualidades del insigne erudito español y lo que acerca de él hemos sentado en estas desaliñadas líneas, resaltan en la composición que nos ha puesto la pluma en la mano, y que es una de las más selectas con que en su género cuenta el Parnaso español.

Veamos el argumento de tan brillante oda.

Jesucristo había prometido á sus Apóstoles darles una idea de la felicidad y de la gloria reservadas á los que le acompañaran hasta la hora de la muerte; y en el segundo año de su predicación, cuando se hallaba en los alrededores de Cesaréa, llamó á Pedro, á Santiago y á Juan, y los condujo á la cumbre de una montaña para que fuesen testigos de lo que iba á suceder en ella.

Jesucristo se arrodilló al llegar á la cumbre y se puso en oración, verificándose en tanto su transfiguración milagrosa. El rostro de Jesús brilla con resplandor sobrenatural; sus vestiduras aparecen radiosas y más blancas que la nieve. Al mismo tiempo se les aparecen Moisés y Elías, el gran legislador y el gran Profeta, que hablan con Jesús de lo que éste debe padecer en Jerusalén.

Tres pabellones quiere Pedro formar para Jesús, Moisés y Elías; y al decirlo á Jesús, una nube resplandeciente los cubre y una voz sobrenatural resuena, que decía de lo alto: «Este es mi querido Hijo, en quien tengo toda mi complacencia: á Él habéis de escuchar».

Á esta voz caen en tierra los discípulos, poseídos de grande espanto. Es la voz de Dios.

Llégase á ellos Jesús, los toca y les dice: «Levantaos, y no tengáis miedo». Jesús había quedado solo; y al bajar de la montaña les recomendó el secreto.

Este es el asunto felicísimamente escogido por el Sr. Guerra y Orbe, y magistralmente desempeñado, pues se ve bien que el sabio há penetrado en las fuentes de la teología y comprendido que esta escena de la transfiguración de Jesucristo, en la cumbre de una alta montaña, acompañado de sus Apóstoles como testigos, y del gran legislador hebreo y del gran Profeta de la misión terrible, que le sirven de confidentes, envueltos en aquella nube de misterio, está diciendo claramente que ella es uno como pacto que compendia el gran drama desde que apareció Moisés á darle leyes al pueblo hebreo hasta que pereció Jesús en la cumbre del Calvario como salvador del mundo.

Ningún asunto más digno de la inspiración de un poeta cristiano y pensador.

El epígrafe que el Sr. Guerra y Orbe le ha puesto á la oda, contiene en sí toda la sabiduría de la grandiosa escena.

Quis in nubibus æquabitur Domine? que dijo el salmista al hablar del reino de Dios perpetuado para siempre en su descendiente el Mesias.

¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse con el Señor?

Y el poeta canta:

Ya dió el nardo su olor. Ya en alegría
Fulgura de Jacob la ansiada estrella:
Aquél que graba sobre el sol la huella,
Su paz y amor al universo envía.

Jesús es el perfume de aquel nardo que se llama María, y es la estrella de Jacob, porque nació de la descendencia de este Patriarca, á quien un ángel se lo había pronosticado.

Aquel que graba sobre el sol la huella.

Es un verso meditado, y que encierra pensamientos de mérito por más que á primera vista no lo parezca, pues no sólo está Jesús sobre todas las cosas y ha impreso su huella en las más elevadas por virtud de la ciencia que ha revelado á los hombres, sino que el sol, como vemos en el Eclesiastes, cap. I, vs. 4, 5 y 6, representa la volubilidad de las cosas humanas, que Jesús vino á hollar con la estabilidad de su doctrina, como la única legítima, verdadera y santa.

El poeta se admira de que Dios tienda su manto de paz sobre el orgullo del hombre, apenas nacido cuando ya rebelde, y le dé su amor á quien, entregado á los horrores del crimen, permanece sordo al rugir del trueno, que es voz de lo infinito; y en seguida recuerda las catástrofes con que Dios había querido castigar la soberbia y el pecado de los mortales: el diluvio, Sodoma, el cataclismo de Judá, que el mar muerto, el lago de Asfaltide, está publicando. En ello sienta una verdad científica, porque Strabon nos dice que los antiguos veían el betún de este lago como un verdadero producto volcánico; y en nuestros días la mayor parte de los geólogos sostienen la misma opinión. Por último, el poeta,

llevado de santa indignación, prorrumpe en ira y pide al Señor que extinga aun hasta el nombre del mortal, por Él creado.

Pero leamos esos versos clásicos, rotundos, armoniosos, en que la urdimbre del verso, los giros, los cortes, el ritmo, la propiedad de los vocablos y el sentimiento estético están proclamando á un verdadero maestro:

¿Tu paz, ¡oh Dios! á tu orgullosa hechura,
Nacida apenas cuando ya rebelde?

¿Tu amor, ¡oh Dios! á criminoso bando,
Sordo al rugir del trueno en el altura?

¿Al hombre das tu amor, al hombre, cuando
Tuviste que anegar su raza impura
Del abismo las fuentes desatando?
Lanza, lanza otra vez aquel torrente
Abrasador que devoró en su saña
La vil ciudad de la nefaria gente.

¿Pudo en su corazón empedernido
Despertar la inocencia,

Testigo perennal de tu clemencia
Hacia el linaje humano,

El iris por los aires suspendido,
Pabellón de tu trono soberano?

¿Temblaron de tu cólera divina
Las que siguieron cien generaciones
En la triste ruina

Con que publica de Asfaltide el lago,
Cuánta la culpa fué, cuánto el estrago?

¡No más, no más, Señor! Aparta al hombre
De tu rostro de luz, y armado en ira,
Extingue áun hasta el eco de su nombre.

Cualquiera creería estar leyendo versos del incomparable Herrera ó de aquel profundo Rioja, á quien hoy, por un espíritu inconcebible de extraña erudición, se le quieren arrebatar sus glorias, como si fuera posible que un cualquiera, un desconocido, un aficionado, escribiese aquellos admirables versos *Á las ruinas de Itálica*, tan conformes con el genio, el carácter, el estilo, los giros y aun el vocabulario de Rioja! (*)

(*) El Sr. Calcaño no conoce el informe académico del mismo señor Fernández-Guerra, que hemos publicado en nuestra REVISTA DE MADRID, y que decide sin género de duda y sin que pueda haber apelación, este punto crítico-literario.

Guerra y Orbe, en los hermosos versos trascritos, hace resaltar la obcecación del hombre y los terribles castigos impuestos por la cólera divina, para poner de relieve en toda su grandeza la piedad y la mansedumbre de Jesús, al par que lo inmenso y generoso de su sacrificio por el hombre, que le había de azotar las espaldas, de escupirle el rostro, de arrastrarle con la Cruz á cuestras hasta la cumbre del Calvario, para darle la muerte afrentosa de los criminales.

¡Qué hermoso es ese iris suspendido como un pabellón del trono soberano, y sirviendo de testigo perenne de la clemencia de Dios, después de las tempestades de su cólera!

Pero el poeta, que acaba de pedir el aniquilamiento del hombre, piensa en la dulzura de Jesucristo, en su misión salvadora, en sus promesas inmortales; y movido por la piedad cristiana, resorte completamente extraño en las obras literarias de la antigüedad, exclama:

¡Nunca! ¡Oh Sol de justicia! ¡Oh Dios potente!
 Si es hórrida la ofensa,
 Es tu dulzura inagotable, inmensa.
 ¡Jamás! Que en pos del áspero diluvio
 En que el orbe anegaste,
 Venero de piedad tu labio dijo
 Que eterna tu concordia duraría,
 Que tu amor para el hombre, siempre fijo
 En tu escabel de soles brillaría.

Y después de esta magnífica estrofa, tan magistralmente terminada con ese brillante escabel de soles, que es la milicia del Dios de los Ejércitos, y que representa á los ojos del mundo su amor, su poder y su grandeza, recuerda el poeta el juramento hecho por la Divinidad al Rey Profeta, y que ahora va á repetir en la cumbre del Tabor, para que brille á los ojos del hombre como un signo de victoria en los brazos de la Cruz:

Por tu bendito nombre lo juraste.
 ¡Sagrado é inefable juramento!
 El Rey Profeta lo escuchó arrobado,
 Y en sin igual portento
 Ahora en la cumbre del Tabor alzado

A repetirlo vas. ¡Oh! ¡Que á tu acento
 Se afirme el corazón del escogido
 Apóstol, y en la Cruz á que te humilles,
 Cuando su furia el Tártaro desate
 Y escándalo tu afrenta al mundo sea,
 No de ignominia, si de amor y gloria,
 De la mayor victoria
 Signo en la Cruz estupefacto vea!
 ¡Hora feliz, momento venturoso
 En que los hondos siglos
 Llenaron ya su curso espacioso,
 En que miró á la tierra
 Bajar la pompa que el empíreo encierra!

Versos estos dignos de la majestuosa musa del gran Quintana, cuyos giros indudablemente imita con notable acierto el Sr. Guerra y Orbe.

Después de hacer que el monte divino alce bañada en resplandores su guirnalda de olorosas flores, pregunta el poeta en versos inspirados por las musas antiguas, y que por su delicadeza y melodía, hubiera prohiado aquel Francisco de Figueroa, apellidado El Divino:

¿Tuvo Abril más aljófar ni esmeralda,
 Ofir rojo metal, púrpura Tiro,
 Ni el Olimpo zafiro?
 Saltan arroyos por la verde falda
 Cual saltan de Galaad los cabritillos,
 Entre rosas paciendo los tomillos;
 Y refrenando el ardoroso vuelo,
 Contempla del Tabor la excelsa cima
 Que en gloria se sublima,
 Subido el sol en la mitad del cielo.

Y sobre aquel esplendor de la naturaleza, que se regocija y se engalana para recibir á Jesús, he aquí cómo el poeta nos presenta el fulgor divino de la transfiguración que oscurece la lumbré radiante del sol de mediodía:

Mas ¡oh! su lumbré trémula, confusa,
 Se enturbia y oscurece
 Ante lumbré mayor, cual ante el día
 El coro de los astros desaparece.

Y después de este simil felicísimo, pinta con vivos colores el fulgor celeste, para mostrarnos luego las nevadas vestiduras de Jesús teñidas con la sangre gloriosa de la Redención:

¿Es un volcán el monte? ¡Cuál fulgura
Desde el Jordán hasta la mar bravía
El valle y la espesura!
¿Quién es aquel que de la nieve fría
Y ardiente Sirio en esplendor ornado
Llena el espacio cóncavo celeste?
Pronto ¡ay dolor! su blanca y pura veste
Será en sangre teñida;
Sangre de redención, de gloria y vida.

Y en seguida nos presenta á Jesús, cuya majestad espanta, y á los tres Apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, describiéndonos los rasgos principales de su vida con elocuentes y rápidas pinceladas, como sabe hacerlo siempre un escritor de talento:

Ved á Jesús con majestad que espanta.
Ved cómo al Cristo adora,
Feliz testigo de ventura tanta,
Pedro, que de la Iglesia triunfadora
Cabeza se levanta;
Ved los hijos allí del ronco trueno:
Juan, que, veloz sobre las altas nubes
Alzándose y los astros y querubes,
Aguila llega del Criador al seno;
Y Jacobo, que de árabe coyunda
Sabrá librar al suelo más gallardo
Que engalana la flor, la mar circunda.

Caen turbados como en sueño los tres Apóstoles, y entre perfumes y músicas oyen la voz de Moisés y de Elías, del Legislador y del Profeta, que con el Salvador del mundo son una como trinidad simbólica que manifiesta el gran drama de la humanidad; y los que conversan misteriosamente acerca de la prueba inmortal del Calvario:

Pedro, Jacobo y Juan la voz oían
Del que en Siná, y entre el fragor del rayo,
Fuente al hombre de dicha verdadera,
Las divinales Tablas recibiera;
Y la voz de aquel otro, cuyo acento

Contra mentido Dios de inmundo barro
 Centellas arrancó del firmamento,
 Y en las plumas del viento
 Sobre inflamado carro,
 Voló inmortal hacia el eterno asiento.

El gran Legislador y el gran Profeta, que representaban lo pasado y lo presente, aclaman al Mesías triunfador, reconocen que á su inmenso poder debieron sus preclaros hechos y sus divinas virtudes, y le profetizan la bendición de los siglos, es decir, la eternidad de su victoria.

Luego, el poeta nos pinta en preciosos versos el despertar de los Apóstoles, su arrobamiento místico, el estremecimiento de la naturaleza y el nuevo esplendor que se hace al resonar la voz del Padre, que saluda con amor al Hijo; y luego el incendio de la montaña que derrite las nieves, y cuyo fuego se derrama como un torrente divino sobre el Jordán, para describirnos con figuras de vivos colores el inmenso amor de la naturaleza á su Creador y el poder sobrenatural de Jesús, al cual saludan á su vez los discípulos exclamando: «¡Tú eres, Jehová, tú eres!»

Veámoslo:

Alzan los tres discípulos su frente,
 Nuevo dulzor gozando,
 Y en sus ojos la venda se desata;
 Así el alba su manto de escarlata
 Del céfiro despliega al sopro blando.
 «¡Cuán hermosas, Jacob, tus tiendas de oro!
 ¡Como valles floridos
 De perfumes henchidos;
 Como cedros en mágicas orillas
 De arroyos transparentes;
 Como nevadas fuentes
 Con collar de palomas simplecillas!
 ¡Aquí, Señor, en plácidos extremos,
 Aquí luzcan en flor mis ansias pías!
 (Pedro exclamó). Por ti Moisés y Elías
 Tiendas de paz y de ventura alcemos.
 «Deja á Sión, cuya locura esmalta
 Con la sangre de todos sus Profetas
 En hidrópica sed el impío muro:
 O vuelve ¡ay triste! al inmortal seguro,
 Que á verte padecer, valor me falta.

Deja, deja á Sión: nunca pudiste
 Unir á ti sus hijos, como sabe
 De sus polluelos abrigarse el ave.
 Deja, deja á Sión; déjala ¡ay triste!»

Y más adelante:

Los cielos se inclinaron:
 Las aguas en su abismo se agitaron.
 Nube de claridad los aires hiende
 Con süave descenso,
 Y envuelve en encendidos tornasoles
 La cima del Tabor. Del pecho inmenso
 De invencible inmortal sabiduria
 Se oyó la voz que en el Jordán un día,
 Y como el trueno resonante dijo:
 «Este mi dulce amor, éste mi Hijo».
 Súbito, la montaña arde en su cumbre;
 Las colinas derrítense cual cera;
 Torrente es el Jordán de etérea lumbre,
 Fuego el Ponto, el azul lívida hoguera.
 Caen sobre sus rostros confundidos,
 Clamando los Apóstoles: «Tú eres,
 Jehová, tú eres; y el empíreo solo
 Do tu faz reverbera,
 Puede tu faz mirar sin que no muera».

¡Qué hermosas estrofas! ¡Con cuánta naturalidad y amargura,
 y en qué versos, de corte tan delicado y gallardo, que rematan en
 una imagen tan preciosa, dice el Apóstol:

.....nunca pudiste
 Unir á ti sus hijos, como sabe
 De sus polluelos abrigarse el ave!

y qué bien descrito el asombro y la adoración de los Apóstoles,
 que reconocen la voz de Dios, y exclaman: «¡Tú eres, Jehova, tú
 eres!»

Y el poeta termina de la manera más feliz, haciendo que la
 civilización cristiana oscurezca los antiguos tiempos del paganis-
 mo, y que el árbol de la Cruz brote y extienda sus ramas hasta
 el cielo, como símbolo de la alianza del hombre con lo infinito.

Y el Señor en su triunfo más avanza:
 Y como el iris en divinos lazos,

Tiende hacia el orbe los amantes brazos
 Por confirmar al orbe en su alianza.

Abate el querubín la frente pura;
 Con nuevo ardor los mundos se estremecen;
 En claro lampo el Salvador fulgura,
 Y la Ley, los Profetas se oscurecen.

Y allí del árbol la semilla hermosa
 Brota, que en frutos de eternal consuelo,
 Arraigando en la tierra venturosa,
 Ha de esconder sus ramas en el cielo.

Brillante oda, que no necesita de nuestro humilde juicio para resplandecer como uno de nuestros primeros cantos sagrados; y que, si nos ha inspirado estas líneas insustanciales, ha sido, no con el espíritu de la crítica, que no cabe en quien se considera incompetente para juzgar á tan gran maestro, sino como tributo de admiración y de respeto hacia el insigne poeta erudito, que es una de las glorias de las letras castellanas.

El Sr. Guerra y Orbe perdonará nuestro atrevimiento en gracia de nuestra sana intención.

Caracas, 2 de Enero de 1882.

JULIO CALCAÑO.

LOS PARÁSITOS,

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—¿Necesitas..... como tú necesitas las cosas..... sin poder prescindir de su concurso, del Sr. Romualdo?—preguntó brusca-mente la Señora Prisca, tomando, contra toda prudencia la ini-ciativa en aquel peligroso juego.

—¡Oiga!—respondió Roque, si no alarmado, porque no era su naturaleza susceptible de amedrentarse fácilmente, por lo menos con cierto tono de prudente desconfianza—¿por ahí empiezas? ¡Con que dices así, como quien no quiere la cosa, ó das á enten-der, que por mi culpa ó por mis artes el fogoso curtidor de San Lorenzo se encuentra metido en chirona!

—¡Eso digo!..... al menos, si tú de real órden, ó por otros me-dios que ignoro, no me tapas la boca, impidiéndome expresar lla-namente lo que creo y pienso.

—Pues..... mira: aunque soy poco amigo de libertades, allá vá por esta vez mi superior autorizacion. ¡Vaya por la libertad de pensamiento, y echa á volar el tuyo á ver si de una vez nos entendemos!

—Pues ya le conoces: yo creo, y ¡ojalá Dios que no lo creyera! que tú, por artes que no conozco ni me importan, aunque por desgracia me sospecho, y por motivos que declaro francamente no comprender, has embrollado y comprometido al pobre Romualdo en una de tus intrigas ó gatuperios, saliendo tú del paso, blanco como una paloma, y dejándo al otro de patitas en la liga. ¿Es ó no verdad?

—Demos, por vía de argumentacion, que tu admirable instinto diplomático, ó lo que es más exacto, tu nariz de comadre entro-metida y curiosa no te han engañado, y adelante.

—Esto supuesto—continuó sin inmutarse ni aturdirse la Señora Prisca, antes bien afirmándose en su serenidad y aplomo— y supuesto tambien que yo exija de ti que ceses en tu empeño..... respecto de Romualdo..... francamente, sin ambajes ni rodeos..... con toda claridad..... ¿en cuánto lo aprecias, ó qué vale?

—¿Me propones una compra?—preguntó con mal disimulada rabia el miserable personaje.

—Compra..... cambio..... permuta..... ¿qué más te da con tal que te aproveche y te tenga cuenta?—le respondió su esposa, satisfecha en su interior del efecto que en Roque iba causando sus palabras.

—¡Oye Prisca!—replicó aquel tras de breve pausa, en la que pareció recogerse, como para reflexionar acerca de su plan de campaña ó de la proposicion del ama de llaves—tus adelantos politico-morales-económicos son evidentes, y de buen grado los reconozco; pero has de comprender igualmente que quince..... ó veinte años, ó los que sean, como hace que no tenia el *gusto* de frecuentar tu amable trato, no han pasado en vano para tu esposo.

— Ya lo supongo.

—Pues si lo supones, igualmente debes suponer, ó todos tus adelantos y progresos no han sido bastantes para ablandar ese empedernido caletre que Dios ó el diablo te han regalado, que yo no voy á ajustar contigo de potencia á potencia, como quien dice, paces, alianzas ó convenios, considerándote otra cosa que lo que eres: una vieja loca, tan testaruda como mal intencionada, pero con menos recursos y fuerza que mala intencion.

—¿Y si te equivocas?—replicó la Prisca, sin rechazar la injuria, pero conservando valerosamente el terreno.

—¡Qué he de equivocarme! ¡Figúrate si al cabo de los años mil habia yo de dejar de conocerte! Repito que serías temible si tus medios igualaran á tus intenciones; pero, hija, si estas son suficientes para llevarte á los infiernos, lugar muy adecuado para brujas de tu calibre, lo que es en el mundo se necesitan uñas más largas que las tuyas para acariciar á hombres de mi temple..... y si no, haz la prueba..... anímate á emprenderla conmigo, y verás lo que dura tu amoroso interés y tus solicitudes conyugales.

—Lo sé..... Roque..... lo sé—respondió gravemente la Señá

Prisca—sé que eres más fuerte que yo; y aunque no lo fueras, nada intentaría contra tu persona, ¡que Dios juzgue!

—Allá me las den todas—respondió con cínica expresión el desalmado.

—Él te salve, y no me condene;—respondió santiguándose el ama de llaves—¡mucho le hemos ofendido, Roque! ¡mucho hemos hecho para no temer su justicia!..... dí lo que quieras, que yo, gracias á Dios, no he de esperar tu permiso para ponerme bien con quien es más poderoso que tus maldades, y en un momento puede, si así conviene, desbaratarlas todas.

—¿Vamos á hablar de negocios ó de teología moral, doctora incomparable?—repuso Roque, desentendiéndose de la austera profecía de aquella mujer, que en otro que en el empedernido pecador hubiera causado impresion vivísima.—Porque te advierto, que ninguno de mis adelantos y aumentos intelectuales se refieren á aquella enrevesada ciencia. Íbamos diciendo que aquí yo soy el fuerte (de tejas abajo por supuesto), y que siendo yo fuerte y tú débil, fuera insigne necedad que te concediera el derecho de tratarme de igual á igual, aceptando ni discutiendo siquiera tus condiciones.

—No te pido que las aceptes ni que las discutas.

—¿Qué pides entonces?

—¡Que las oigas!

—Soy todo oídos: echa tú por esa boca cuantos disparates se te antojen; pero entiende, que leal y caballerosamente te advierto que luego haré de tus disparates el caso y el aprecio que se merecen.

—Eso por de contado; pero reservándome yo también el derecho de aplicar la misma regla á tus desdenes, frialdades y amenazas..... y volviendo á mi historia, ó á lo que tú llamas *mis* condiciones, ya te he dicho la primera.

—Sí, ya lo he oído: Núm. 1.º del tratado: «Se pondrá en libertad á S. E. D. Romualdo Crespo, etc., etc.» : ¡negado! ¡Adelante!

—Corriente—repuso con forzada sonrisa la Señora Prisca—luego hablaremos de eso: allá va otro punto muy importante: saldrás de Duradon esta misma noche, y dejarás de mezclarte en los desdichados asuntos de este pobre pueblo, que estoy segura te has complacido en embrollar.

—Apunto la segunda condicion: «Se evacuará el territorio duradonés en el término de veinticuatro horas, declarándole inmune é inviolable para todas las operaciones de la presente campaña». Queda apuntada la condicion segunda, é igualmente negada que la anterior. ¿Tienes alguna otra que proponerme!

—Es la última.

—Lo celebro: veamos la última.

—Has de deshacer, como puedas, la intriga, mediante la cual el Marqués y su hijo han vuelto, en la apariencia al menos, á hacer las paces con Juan Antonio.

—¿Tambien sabes eso?

—Sospechar de ti una cosa mala, es como saberla á ciencia cierta.

—¡Muchas gracias! ¿Y quieres que los Marqueses, padre é hijo, sigan persiguiendo á Juan Antonio, ó por lo menos desacreditándole?

—Lo quiero.

—¿Podré preguntarte por qué y para qué?

—Para que la verdad sea verdad, y la justicia, justicia, y el honor, honor. ¿No te basta ya el mal que les has hecho?....

—¡Eh! cuidado, Prisca, con lo que dices.

—Que has hecho, ó que hemos hecho. ¡Crees que me cuesta trabajo confesarlo, cuando se lo tengo confesado á Dios hace tantos años!

—¡Vaya! volvamos la hoja..... negada tambien la tercera y última condicion, más imprudente y más imposible y más necia que las dos anteriores. Ya te he oido, y..... me harás la justicia de admirar mi paciencia, te he oido..... y puedes creer que no era eso precisamente lo que venia á hacer entre estos maldecidos escombros; ahora te toca á ti oirme sin chistar, y luego.....

—¿Luego veremos quién es más fuerte? ¿No es eso? Pues anda, anda, no te detengas, que has de ver que con tantos años y tantas enseñanzas y tantas conchas como tienes encima, por esta vez al menos, no puedes conmigo, aunque sea yo vieja, bruja, loca y todo lo que tú quieras.

(*Se continuará.*)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

En vez de servir las vacaciones parlamentarias y los viajes para apaciguar un poco los espíritus revolucionarios, la temporada última ha sido fecunda en sucesos políticos, casi insignificantes en sí, pero que ocasionarán, sin duda, nuevas complicaciones, y acaso el trastorno de los partidos medios. En vez de partir los rayos de este gran centro donde se consume y aniquila la vida de la nación, se forman ahora las tempestades en lejanas regiones, en Galicia y en Biarritz principalmente.

Anuncios temerosos de la suerte que aguarda á la fusión han sido principalmente las cartas publicadas por *El Imparcial*, en que se daba cuenta de la actitud de los Sres. Montero Ríos y duque de la Torre. Por medio de esas cartas, ambos personajes han dicho al mundo lo que piensan y lo que se proponen, llevando la inquietud y el desasosiego á las huestes ministeriales, y aun acaso más arriba.

Agostáronse en flor los intentos del Sr. Moret, que aspiraba á nada menos que á fundar el más absurdo de los hechos, la alianza sincera de la democracia y de la monarquía borbónica, sin servirse de la única soldadura posible, la Constitución de 1869, donde tal absurdo se contiene y de cuya eficacia puede hablar con natural elocuencia el príncipe Amadeo. Pero el Sr. Moret quiso vivificar su obra casi muerta, apelando al auxilio de algunos revolucionarios importantes, y puestos los ojos en el leguleyo de la democracia, el Sr. Montero Ríos, trató de ganarle para su causa, antes desacreditada que nacida.

Pero en la conferencia que celebraron ambos, no resultó, como era de presumir, avenencia alguna. Las seducciones del Sr. Moret se estrellaron contra el frío razonar del Sr. Montero, firme en creer indeclinable el principio de la soberanía nacional y en legitimar con él el hecho de Sagunto. Además de esto, que habría de conseguirse por virtud de un plebiscito ó cosa así, entiende el Sr. Montero Ríos que es condición precisa el restablecimiento y observancia de la Constitución susodicha para que la democracia entre en el concierto político.

Y como el Sr. Moret, embarcado con su esperanza en otros compromisos, no podía admitir proposiciones semejantes, ha vuelto en sí y se ha persuadido de que la democracia de ley no se rinde ni claudica.

Por su parte, el duque de la Torre, abandonando su silencio habitual, habló «con el corazón abierto» á un redactor de *El Imparcial* acerca de la conducta del Sr. Sagasta, y aun entregó al periodista cierto documento de que debió darse cuenta en lugar más oportuno al poco tiempo del hecho de Sagunto; no sin advertir el Duque que abandona al Sr. Sagasta por verle seguir resueltamente los caminos de la reacción. El documento se reduce á una defensa calurosa y entusiasta

de la Constitución de 1869, á quien el general Serrano atribuye la virtud singularísima de poder cerrar las hondas heridas que ella misma abrió.

La prensa no habla de otra cosa que de esto y con la diversidad de pareceres que originan tantos criterios distintos y tan opuestos intereses como se agitan en la política. Pero hay unanimidad en reconocer que si al fin se consigue la formación del partido liberal, ni el Sr. Moret, ni el Sr. Martos, ni el Sr. Navarro y Rodrigo tienen fuerza y autoridad bastantes para alcanzar el logro de la ardua empresa, y que sólo al duque de la Torre está reservada, si quisiere.

Pero ¿querrá?

* * *

Muchas y muy disparatadas disposiciones han publicado los Gobiernos que pretenden meterse en asuntos ajenos á su autoridad y competencia, pero pocas tan censurables como la circular dirigida por el Ministerio de Gracia y Justicia á los Prelados acerca de la responsabilidad criminal que corresponde á los párrocos cuando autorizan los matrimonios de militares que, por la ley civil, no pueden contraerlos.

El Ministerio, «oído el parecer del Consejo Supremo de la Guerra», y como si hubiera oído el de un Concilio, coloca á los párrocos en igual categoría que á los jueces municipales, y los somete en aquel caso á idéntica responsabilidad, y hasta recuerda, para dar mayor sabor al asunto, el art. 493 del Código.

Doctrina tan absurda ha sido refutada valerosamente por el dignísimo Obispo de Avila, quien ha publicado en el *Boletín* de su diócesis, y en el sagrado ejercicio de su autoridad pastoral, un notable documento, que dice así, refiriéndose al del Gobierno:

«Con gran sentimiento de nuestra alma publicamos el documento preinserto, y por el prestigio, honor y respeto á los altos funcionarios jerárquicos á quienes afecta, hubiéramos preferido dejarle en la oscuridad, colocándole en el lugar reservado para guardar los impresos y libros prohibidos, *donec corrigatur*.

»Mas habiéndose ya dado cuenta de él en la prensa, y debiendo publicarse también el *Boletín oficial* de nuestra diócesis, para que, según lo que se previene en la mencionada Real orden, tengan conocimiento los señores párrocos de la responsabilidad criminal que allí se declara, y procuren no incurrir en ella; estándome obligado en conciencia, en virtud de nuestro cargo episcopal, á mirar por la pureza de la doctrina y de la sana moral, no podemos menos de protestar con el debido respeto contra la afirmación que se hace en dicha Real orden en los siguientes términos: *encomendando su celebración á los párrocos, éstos han venido á sustituir á los jueces municipales en su calidad de celebrantes*.

»Semejante proposición, en cuanto que da á entender que los Párrocos son mandatarios del poder civil, y que por encomienda y facultad que el mismo les confiere, celebran el matrimonio; y en cuanto que enseña que al autorizar este en concepto de tales Párrocos, sustituyen á los jueces municipales, como si las funciones que los segundos ejercían fueran lo mismo que las que ejercen los primeros; y el acto en que intervenían, y que autorizaban los jueces municipales en virtud de la ley civil, fuera de la misma naturaleza, del mismo orden, y tuviera el mismo valor que el que autorizan y en el que intervienen los Párrocos en virtud de los sagrados Cánones, lo cual equivale á equiparar la dignidad y santidad del Sacramento del matrimonio, instituido por Nuestro Señor Jesucristo, con la iniquidad del llamado ma-

trimonio civil que, entre católicos, es un torpe y execrable concubinato, instituido por Gobiernos enemigos de la Iglesia, en odio á la misma, y para perdición de las almas; entendida dicha proposición en ese sentido, que es el que de ella se desprende, y salvando la intención que haya presidido al redactarla y consignarla en tan augusta resolución, desde luego la condenamos como falsa, escandalosa, subversiva de la doctrina canónica establecida por la Iglesia en materia matrimonial, inductiva á la confusión de las dos potestades, civil y eclesiástica, que por derecho divino son distintas, y ofensiva á la piedad del pueblo cristiano.

»Encargamos, pues, á nuestros amados Párrocos que procuren enseñar á sus respectivos fieles que las reales órdenes y disposiciones que emanan de la potestad civil, no constituyen la norma y la regla para las cosas eclesiásticas y para los asuntos de la Religión, sino que la fuente y principio legítimo y moderador de todo lo que se refiera á la misma, al culto y al ministerio sacerdotal, es la autoridad de la Iglesia, según la voluntad expresa de su divino Fundador, siendo por lo tanto á ella á quien hay que escuchar y obedecer en esas materias, y no al poder secular que, por su naturaleza misma, carece de toda potestad directa é indirecta en los asuntos eclesiásticos.

»Avila, 14 de Agosto de 1882.—CIRIACO MARÍA, *Obispo de Avila*».

El *Boletín* donde apareció esta magnífica defensa de los derechos de la Iglesia, fué recogido y denunciado, para que resaltase doblemente la torpeza del Gobierno ó de sus auxiliares, pero se trata de corregir lo hecho de cualquier manera.

* * *

Dos suscritores de *La Fe*, dos de *El Siglo Futuro* y dos de *La Unión*, leoneses y personas de autoridad y respeto, han dirigido á dichos periódicos un escrito, todo sustancia, acerca de los Obispos, con el fin de que la notable doctrina del escrito, restauradora de la autoridad episcopal, tan asendereada por los que más alardes hacen de pureza de doctrina católica, contribuya á tranquilizar á los fieles hijos de la Iglesia y discípulos sinceros de los sucesores de los Apóstoles.

La Unión y *La Fe* publicaron dicho documento en cuanto lo recibieron. *El Siglo Futuro* no ha dicho todavía si llegó á sus manos.

El mundo sigue cuidadosamente el curso de los sucesos de Egipto, porque las guerras son los acontecimientos más ruidosos, y despiertan la atención de los indiferentes. Quizá la mayor parte de los curiosos no acierta á comprender la naturaleza de los intereses que se ventilan ahora en las orillas del Nilo: quizá no hay aun verdadera opinión acerca de la justicia ó injusticia de la conducta de los invasores; pero, divididos los pareceres por la sola virtud de aquel secreto impulso que nos arrastra hacia una ú otra de las partes contendientes, los hombres discuten con empeño acerca del mejor derecho de egipcios ó británicos y de quiénes alcanzarán al fin las palmas de la victoria.

En la última quincena han ocurrido sucesos militares de alguna importancia, no por sí mismos, sino por sus resultados. Después de la conquista de Alejandría, se esperaba que el ejército inglés marchase derechamente hacia el Cairo, término principal de sus empresas. Los partidarios de Arabi, y es seguro que él mismo, confiaban mucho en las fortificaciones de Kafr-el-Dawar y de Tel-el-Kebir, donde se habían reunido los mayores elementos de que el dictador dispone.

Pero una habilísima operación del General Wolsey ha burlado esas esperanzas. Después de anunciar que atacaría con la escuadra la plaza de Abukir, después de disponer el ataque de manera que los egipcios tuviesen de él previo aviso, encaminó sus fuerzas muy á la callada hacia el Canal de Suez, se apoderó de él resueltamente, y se encontró de pronto dueño del flanco derecho del Delta, cambiando, por consiguiente, y del todo, el aspecto militar de la cuestión.

Esta maniobra, que en buena táctica es admirable, impresionó é indignó á toda Europa. Las más vivas protestas resonaron en la prensa de París, de Berlín y de otras capitales, porque el General de la Reina Victoria acababa de atentar á lo que se llama la neutralidad del Canal de Suez. Mas, desde entonces á hoy, esos clamores se han apagado casi del todo á consecuencia de que los Gobiernos no han creído oportuno reclamar contra el estúpido atrevimiento. Antes bien, el Gobierno inglés declaró, sin que nadie le haya desmentido, que los Gabinetes europeos recibían el suceso con amistosa aquiescencia.

Por otra parte, puesto el Khedive en manos de los ingleses, reciben estos de él cuantas autorizaciones han menester para caminar á medida de su deseo. Y como la neutralidad del Canal no es un dogma político ni comercial sancionado en ningún protocolo; como el Khedive autoriza la ocupación de la obra maravillosa, y como además la Puerta, soberana territorial, ha consentido los hechos, Inglaterra puede satisfacer, al menos con visos de justicia, las reclamaciones de las demás potencias.

Realmente, Europa merece el insulto, si por tal se le califica. Cruzada de brazos y abandonados sus derechos, presencia la lucha sin salir de su marasmo, ya que no criminal, bochornoso. Ninguna potencia quiere ser la primera en oponerse á la audacia de los ingleses; y estos, que tan á fondo conocen la condición de la diplomacia, prosiguen su empresa con igual desenfado que si se tratase de un país de las regiones polares, y no del que es lazo de unión entre dos hemisferios. De esta manera, han concluido por creerse libres de toda ley internacional y árbitros de los destinos de Egipto. Advertencia es esta que debiera Europa no olvidar para lo sucesivo, pero de la que no se aprovechará por modo alguno, como no se ha servido de los sucesos de Crimea, de Italia, de Francia y de Turquía, teatros de los triunfos de la fuerza.

Colocado el General Wolsey, según hemos dicho, en el flanco derecho de los egipcios, ha encaminado sus fuerzas desde Ismailia, y siguiendo el curso del Canal de agua dulce, en dirección al Cairo. Los egipcios han tratado en vano de contener su vanguardia, y en los combates de los días 24, 25 y 28 de Agosto han hecho alarde, aunque sin fortuna, de su decisión y arrojo. No pueden servir esas victorias de los ingleses para presagiar lo futuro, porque han sido, mejor que otra cosa, combates de artillería. Así lo acreditan los últimos despachos, y la circunstancia de que, rechazados los arabistas, no dejaron prisioneros.

Esos combates demuestran también la indiscutible superioridad de las tropas europeas, que, por medio de hábiles maniobras, ejecutadas con firmeza y serenidad, han derrotado á las egipcias, muy superiores en número. Esto no debe de causar extrañeza, recordando que en Marzo de 1800, Kleber destruyó con diez ó doce mil hombres á más de setenta mil turcos, egipcios y mamelucos en las llanuras de Heliópolis, con sólo emplear los recursos de la táctica y un valor frío y sereno. Ahora, ni siquiera cuentan los egipcios con aquella numerosísima y valerosa caballería que, como ingente nube, rodeó entonces las legiones francesas, y puso en grave aprieto á los generales más distinguidos.

Los que gustan de advertir los sucesos futuros, confían en que las

posiciones de Tel-el-Kebir desempeñarán el mismo papel que las de Plewna en la guerra turco-rusa. Otros, por el contrario, entienden que un fuerte cañoneo y la decisión de algunos batallones desvanecerán de golpe esas esperanzas, ó que los ingleses, por medio de movimientos estratégicos, esquivarán dichas posiciones, y dejando atrás el Canal de agua dulce y Tel-el-Kebir mismo, llegarán al Cairo, en cuyo caso la situación de Arabí entre la capital y Alejandría no puede menos de ser insostenible.

Nosotros creemos que conviene, cuando se trata de la guerra, no confiar mucho en estos cálculos, que puede frustrar en ocasiones una contingencia cualquiera. No es propósito nuestro el arriesgar pronósticos, sino el juzgar acerca de los hechos, por lo que, dejemos que acontezcan para examinarlos después serenamente.

Los diarios extranjeros contienen curiosas noticias acerca de los trabajos de Arabí en la comarca de Alejandría. Parece que se propone establecer una línea fortificada desde Ramlich hasta Kafr-el-Dwar, para que con ella y el lago Mareotis por el Oeste, quede bloqueada Alejandría por la parte de tierra, impidiendo así el paso al ejército inglés que ocupa dicha ciudad. El empuje de la infantería inglesa, rompiendo por cualquier punto esa línea, podrá inutilizarla por completo. De todos modos, en el mes de Setiembre ha de resolverse la guerra, viéndose entonces si la bandera de la Gran Bretaña tremolará en el Cairo ó se retirará á los altos mástiles de la escuadra de Sir Seymour.

Entre tanto, nadie confía ni en el resultado de las conferencias de Constantinopla, ni en la actitud del Sultán. La diplomacia y el jefe de los musulmanes pagan, hasta con el ridículo que sobre ellos cae, sus dilaciones, vaguedades é indecisiones. Si el Sultán acepta al fin el convenio propuesto por Inglaterra para que asistan á las operaciones militares algunas fuerzas turcas, sólo conseguirá demostrar su impotencia é indecisión. Inglaterra ha de proceder al fin según le plazca, y en cierto modo, con perfecto derecho de hacerlo así, puesto que suya es la responsabilidad de sus atrevimientos, suyos los peligros á que se expone, lo mismo en los campos de Egipto que en los consejos diplomáticos. Quien todo lo arriesga, aspira á ganarlo todo, y no es Inglaterra nación que someta sus intereses á consideraciones caballerescas y á escrúpulos internacionales.

La proposición formulada en la conferencia diplomática por el señor Corti no ha prosperado, y no prevalecerá en adelante si no la sostienen con más ahinco las potencias á quienes conviene. Pero ¿de qué servirá establecer para lo sucesivo la neutralidad del Canal, cuando los acontecimientos presentes demuestran que contra el poderoso no hay razones, ni tratados? Lo que acaba de hacer Inglaterra en este asunto lo repetirá mañana, ó, á ejemplo suyo, otra nación cualquiera. La fuerza es ya única soberana en estos tiempos de luz y de civilización. Pero la hipocresía no ha perdido sus derechos, y el mismo señor Gladstone dice y repite que solicita de todas veras el acuerdo de Europa, sin excluir á España, para restablecer la neutralidad del Canal, siempre que esto suceda, cuando ya no comprometa las operaciones del ejército inglés. De suerte que el Ministro de la Reina Victoria considera conveniente y justa la neutralización, siempre que no dañe á sus intereses y propósitos.

La Europa oye estas declaraciones sin mostrar asombro. Los Gabinetes pierden el tiempo: la conferencia de Constantinopla no da un sólo paso, y la guerra sigue, y los ingleses se aprovechan del Canal, según les place, y hasta decretan la suspensión temporal de todo tráfico por sus aguas.

Conviene que dirijamos la vista por un momento hacia el Oeste. Portugal, la nación hermana, es presa también del liberalismo y sufre las consecuencias de tan gran desgracia.

Domina allí ahora el partido que llaman regenerador ó conservador, que dirige un hombre de gran entendimiento, pero doctrinario. Las prácticas ya establecidas mantienen un cúmulo de libertades que el Sr. Fontes no se atreve á reprimir; dejando á la revolución, y singularmente á la prensa, que acaben de socavar los cimientos de la sociedad lusitana. Dos sucesos recientes han desatado del todo los ímpetus revolucionarios: el centenario del Marqués de Pombal, del que se han servido los enemigos de la Iglesia para vituperarla y escarnecerla, y un asunto de ferrocarriles, la célebre *Salamanca*, bandera de rebelión contra el Gobierno y contra la dinastía.

Hemos visto palpablemente, á vista de ojos, en la misma ciudad de Lisboa, y con motivo de la *Salamanca*, cuán grande es el poder de la prensa para el mal. De tal manera ha extraviado los diarios progresistas y republicanos el espíritu público, que la mayor parte de los portugueses consideran como un gran crimen la ley justa y provechosa relativa al ferrocarril de Oporto á Salamanca, y más ha desprestigiado á la Corona, sin razón ni justicia alguna, esta cuestión económica, que todas las de carácter político planteadas ó resueltas desde hace diez años.

Para contrariar esta tendencia dominante en la capital y sacudir el espíritu monárquico adormecido, el Rey D. Luis emprendió hace un mes su viaje á Oporto, deteniéndose en diferentes puntos del trayecto. En los primeros días fué acogido con marcadas señales de frialdad é indiferencia; pero, roto el hielo, como se dice, poco á poco fué recogiendo vítores y demostraciones cariñosas.

Pero es inútil desconocer que la monarquía de los Braganzas corre graves riesgos. El partido republicano, nacido ayer, crece de continuo, ayudando á esto una propaganda fervorosa. Los progresistas, semejantes á los nuestros, entretienen la oposición con amenazas, más ó menos encubiertas al Rey, cuya suerte comprometen gustosamente con tal de poner en peligro al Ministerio, y los legitimistas persisten en ser fieles servidores del Príncipe desterrado, y no de otro alguno.

La prensa avanzada es procaz y poco escrupulosa en desacreditar las instituciones hasta por los medios más viles. El teatro es escuela de ideas demagógicas: la poesía popular está inspirada en el odio al Clero, á la monarquía y á las instituciones. De Lisboa puede decirse hoy, sin escrúpulo alguno, que es ya una población republicana, y lo que es peor, poco religiosa.

No debe esperarse por ahora que una revolución armada ponga súbito término al orden de cosas reinante. El carácter portugués favorece poco los pronunciamientos, pero, huérfana la monarquía del amor y del respeto del pueblo, por sí misma se derrumbará.

*
*

Francia, el país de las grandes locuras, la nación condenada á no advertir las terribles lecciones de la historia, acaba de presenciar los dolorosos acontecimientos de Montceau-les-Mines. Una turba de obreros, organizada secretamente, y dando ejemplo de una audacia increíble, ha cometido toda clase de atentados contra el orden, contra la propiedad y contra las cosas santas, de tal suerte, que por espacio de algunos días ha parecido aquel territorio como nueva *Commune* ó caverna de bandoleros.

Todos los partidos franceses, excepto el demagógico, que se atreve

á glorificar, ó al menos á justificar los graves desórdenes, manifiestan una viva alarma, no sólo por la calidad de los hechos, sino por el espíritu que les informa. La población obrera no oculta sus malos propósitos, y se muestra dispuesta á practicarlos nuevamente. Algunos diarios radicales consideran como prematuros esos movimientos, y se complacen en declararlos precursores de más afortunadas empresas. El Gobierno se contenta con restablecer y mantener el orden material, y las clases conservadoras tiemblan y se acongojan.

El sabio Obispo de Autun, Monseñor Perraud, á quien hace poco ha abierto sus puertas la Academia francesa, ha publicado con motivo de aquellos sucesos una admirable Pastoral. La tesis de este documento, en cuyo examen se ocupan ahora los diarios franceses con muy distinto criterio, es esta: los desdichados obreros que han destruido y profanado las iglesias, atacado á la propiedad y puesto en peligro la vida de las autoridades, por efecto de las malas doctrinas que dichos obreros profesan, son menos culpables que los autores y propagadores de esas doctrinas, que los Gobiernos enemigos del Catolicismo, que las leyes prevaricadoras contrarias á los principios del Evangelio.

La doctrina del Prelado, expuesta con singular moderación y talento, es irrefutable. No son, sin duda, esos infelices revolucionarios de Montceau los verdaderos autores de sus delitos, sino aquellos que les han enseñado á odiar los principios sociales y religiosos por medio de leyes infames, como la de enseñanza primaria: aquellos que han dicho al pueblo: «el enemigo es el Catolicismo»: los hombres que friamente, con espíritu científico, como ellos dicen, expulsan de Francia á los religiosos y al Cura del hospital, del cuartel y de la iglesia. Si se estableciese un litigio de mayor ó menor culpabilidad, ¿quién no se la atribuiría mayor á los que en nombre de la ley arrancaron de las escuelas los crucifijos que á los socialistas de Montceau, destructores de cuantas cruces é imágenes han hallado?

La tesis, pues, de Monseñor Perraud es lógica y exactísima. Ahora mismo ocurren en Francia sucesos que lo demuestran con autoridad evidente. Ese Gobierno, en cuyas manos torpes se extingue el antiguo prestigio de Francia, disimula su vergüenza y entretiene á la fiera revolucionaria con nuevas expulsiones de religiosas, como las de Monte Sulpicio en el departamento del Yonne. Sus dignos satélites y colaboradores aprovechan las fiestas que se celebran ahora en las escuelas de niños y niñas para ultrajar á la Religión y la moral con discursos escandalosos, alguno de los cuales, como el de Mr. Roques, causan el asco de los mismos periódicos de la república. Se vigorizan los efectos de las leyes dictadas contra los intereses católicos, y se concede libertad amplísima á las doctrinas más absurdas y peligrosas.

Entretanto, la república francesa apenas representa nada en los Consejos de Europa. El pueblo, que llevó sus legiones, aun en un régimen político desdichado, á Sebastopol, Magenta y Méjico, vale menos hoy á los ojos de la diplomacia que Italia y Bélgica. La república es no sólo la corrupción, sino la debilidad; y aunque cubra con fiestas ostentosas sus profundas llagas, la podredumbre saldrá fuera.

Ya, ni siquiera interesan las crisis ministeriales que acaba de sufrir: ni siquiera hay la curiosidad de conocer los nombres de sus gobernantes, hombres vulgares, para quienes la historia cierra sus páginas. Su misión es la de temblar delante de Gambetta, en el interior, y del canciller de Alemania, en el exterior. ¡Qué gloriosos destinos guarda la república para sus servidores!

Hace algunos días que la prensa y la cancillería griegas se lamentaban de que un destacamento turco se había apoderado en la frontera común de algunos parajes propios de Grecia. Casi al mismo tiempo se quejaban los turcos de los griegos por asunto semejante. De las reclamaciones de la prensa y de la diplomacia se ha pasado al empleo de la fuerza, ocasionando varios conflictos sangrientos tras de los que puede venir una guerra.

Turquía presume, y antiguos motivos tiene para ello, que en estas diferencias tiene parte principalísima la diplomacia rusa, atenta siempre á provocar conflictos al imperio otomano. Debe de recordarse ahora, como en ocasión oportuna, que desde hace varias semanas se muestra muy agitado el espíritu público de Grecia. Los rumores más alarmantes han hecho creer á los griegos que estaban á punto de ocurrir graves sucesos; y como la antigua esclava del imperio de Mahomet sólo piensa en vengar sus atroces sufrimientos, cualquier chispa puede prender allí voraz incendio.

* * *

Los asuntos de Italia y del Pontificado siguen de mal á peor. Con motivo de las fiestas celebradas en Brescia para inaugurar el monumento del famoso Arnaldo, Zanardelli, Ministro de Humberto, ha pronunciado un discurso violentísimo contra la Santa Sede, lo cual provoca ahora grandes reclamaciones hasta de parte de la prensa conservadora, amiga de la unidad italiana. Los ministeriales procuran desvanecer tan mala impresión con argucias y mentiras, pero nuevamente queda demostrada la viva hostilidad del Gobierno del Saboya reinante hacia la Santa Sede.

Mas al Papa llegan voces de consuelo en medio de la tempestad de insultos é impiedades de que es víctima santa. La Asamblea general de los católicos suizos que acaba de reunirse, ha elevado sus fervorosas demostraciones de amor al Padre que, encerrado en cárcel estrecha, es objeto de la solicitud tierna y amorosa de millones de hijos, siempre fieles.

JUAN CATALINA GARCÍA.